



PERFILES BARACALDESES

Ernesto Perea Vitorica

PERFILES BARACALDESES

**POR
ERNESTO PEREA VITORICA**

PRÓLOGO DE SANTIAGO DE URCELAY

1944

PRÓLOGO

¿No os ha ocurrido alguna vez, en objetos de vuestra frecuente mirada—tal como perspectivas de un valle, laderas de un monte, un cuadro, el beso costero del mar en calma a las playas, la sonrisa o los ojos de una mujer—que, de repente, un buen día, como iluminados vosotros por nueva luz, sorprendéis en aquellos objetos bellezas nuevas, armonías no fijadas, músicas y esperanzas hasta entonces no percibidas ni presentidas, cualidades todas que, sin embargo de haberlas poseído siempre los objetos, nunca las hubieseis captado y las descubris ahora gozosamente, cual si una mano misteriosa hubiera descubierto repentinamente el velo que os las ocultaban?

Conocía yo a Baracaldo; había ya recorrido sus acogedores barrios agrícolas y contemplado muchas veces las columnas de humo de las cien chimeneas que, en el hervidero fecundo de sus fábricas y factorías, se elevan al cielo como estelas clamantes de vida y de trabajo.

Había admirado al «hombre de iniciativa» que, en su fondo, lleva todo baracaldés; gozado de esa su simpatía particular y pegadiza y adentrado en el bullicio alegre de sus calles y en el silencio de sus campos.

Y sin embargo, la lectura del libro de ERNESTO PEREA VITORICA ha sido la nueva luz con que he descubierto a Baracaldo, en sus montes y vegas y centros de trabajo, y en su historia, tejida con hilos de luz y de bondad, nueva poesía y cadencias.

Para casi todos es Baracaldo «poema fabril forjado por millares de brazos del ejército trabajador», según feliz frase del autor; hierro y más hierro, vigas, cabrias, rodar de trenes, ruidos de laminación, todo un mundo vestido de azul, altos hornos que ponen en las noches el cielo incendiado.

Y Baracaldo, es eso y otra cosa muy distinta.

Ahora, a través de las páginas de PERFILES BARACALDESES, he sorprendido que toda la belleza espiritual y física que recatadamente oculta Baracaldo, la regula abiertamente a todo el que se le acerca, con un rezumo de dulce sentimiento en el corazón, con luz de poesía en los ojos y con ese algo en el alma capaz de sintonizar en callada música con el silencio sonoro de las cimas de las montañas, con la paz que duerme en los valles, con la sonrisa que blanquea en la copa de los árboles en flor.

Ojalá te pase a ti lo mismo, lector.

Con este libro gustarás y amarás a Baracaldo; percibirás su voz, unas veces, tierna y amorosa; ensoñadora y grave, otras; pero siempre compañía y música, medicina y deleite del alma.

Para ello hay que leer este libro sin prisas, dejando que el hábito de poesía que exhala empape sosegadamente los repliegues más íntimos del alma. Como la mansa lluvia, que esponja la tierra y fecunda los surcos; como la virginal armonía de la mañana, que uniéndose y haciéndose voz y coloreándose en la luz naciente, llega a adentrarse en el alma hasta poseerla por entero, iluminándola.

PERFILES BARACALDESES no es historia, si por tal se entiende fechas y cifras y sucesión de hechos, que ponen luz en el entendimiento; pero que en ocasiones no dejan un adarme de gusto en el alma.

Pero es historia verdadera, la historia que emana perenne de la campiña baracaldesa, historia escrita con las alas del corazón de un poeta.

Estos PERFILES tienen por lienzo un rincón amado de una de las provincias más pequeñas de la patria española. Pero el arte no se mide por los espacios ni se pondera por el volumen.

Gusta y sabe muchas veces aquél y su aroma encerrarse en reducido espacio; y en ocasiones, tanto más condensado cuantas menos sean las páginas en que se derrama y más pequeño el vaso que lo contiene.

Un escritor contemporáneo, original y profundísimo, que oculta su nombre bajo el seudónimo de «G A R — M A R », afirma que «el supremo don del estilo no consiste en ofrecer un ramillete de flores, sino en depositar también un puñado de semillas».

Y a fe, que ambas cosas las logra plenamente ERNESTO PEREA en sus PERFILES.

Ciertamente que todo baracaldés que los lea encontrará en sus líneas, llenas de color de cariño, reflejos tranquilos y exactos de estados íntimos, que misteriosamente se sienten; pero que con dificultad se aciertan a expresar.

Igual sucederá a todo aquel privilegiado espíritu a quien hayan regalado los dioses un hondo sentido de la naturaleza; al sentir aquella soledad sonora del sublime poeta y del más sublime santo y místico español.

* * *

Todo el libro es un puñado de semillas.

Y de las más regaladas. Y sembradas con generosidad.

Porque ¿qué otra cosa es sino sembrar entre todos cariño intensísimo a un pueblo que cuenta con altas cumbres, y ríos y senderos, y estradas y ermitas de fonética tan atrayente y racial como con musicalidad extraña van desfilando a través de las páginas de este libro, que deja el sabor del perfume y matices de otros días lejanos y recordados?

PERFILES es también fuente perenne de sentimientos que elevan. De la forma de ser de un pueblo, de puntos olvidados, de rincones de historia.

De la lectura del libro de ERNESTO PEREA brota de unas páginas, insistente, la oración a los labios; tiene, en otras, resonancias de geórgicas, y otras, cargadas de sentimiento, son el epitafio dulce y justo al Baracaldo absorbido ya por las modernas y potentísimas factorías de la población moderna de 40.000 habitantes.

* * *

Conocía hace tiempo al autor de PERFILES BARACALDESES.

Me honra con su amistad y había oído de su ardiente amor a Baracaldo, su pueblo natal.

Pero ignoraba por completo que su pátina descriptiva y emocional encerrara tan espléndidos y variados colores.

Joven de alma noble y trabajo incesante, ha sabido en sus ratos de ocio dejar empapar su espíritu en la historia y sentimiento que se halla acostado y metido en los linderos de estos barrios baracaldeses. Y exprimiendo luego lo tan deleitosamente recogido en la soledad de la contemplación, encerrarlo con amor en estas páginas, dándole forma resaltiva, para convertir su libro en un amigo bueno y agradable, lo mismo para los que gustan de las excursiones y viajes por el campo, escuchando «el silencio que habla», que para los que prefieren la hora agradable y casera de la lectura sosegada y solitaria.

Ha dicho Benavente que «las mejores palabras serán las que den más vuelo al pensamiento».

En PERFILES BARACALDESES verás cómo sus palabras merecen el calificativo de «las mejores».

* * *

Pero es hora ya de terminar, pues me he detenido, acaso, más largamente de lo que fuera conveniente para un prólogo.

Perdona, lector.

Había tantas rosas en el jardín, tenían tan exquisito aroma, que por gustarlas se me ha hecho tarde, un poco tarde.

SANTIAGO DE URCELAY.

Bilbao-Junio de 1944.

SUMARIO

DEDICATORIA

PROLOGO, por Santiago de Urcelay

SUMARIO

CAPITULO I. - EREZA

La Esfinge.-Misa en San Roque.- Por Tellitu y por Saracho.- Los *humsmhs* de Aguirza.- Montes y más montes.- Neptuno vencido.-Baracaldo.

CAP. II. - LA CIUDAD

De desierto a gran urbe.- En los antros infernales.-Las locomotoras castañeras.- De «mahón» y «francesilla».- Saludando al Creador.- ¡Venga con nosotros, amigo forastero...!

CAP. III. - SAN VICENTE

En la torre parroquial.- Desde Arteaga y Arteaga-goico.- Un acierto en el siglo XIII.- El viejo Campo Santo.- Baibé.- *Ramonchín el de Gabasa*.- Las «carreras» de gatos.- Viernes, día de brujas.

CAP. IV. - DE MINGOLIA P'ARRIBA

¡Kikirikiii...! - En la fuente de Amézaga.- Una vaca ineducada.- Telleche.- En las rutas de Ptolomeo.- Arcadia.- Lecheras y *vendejeras*.- Gorostiza.- Las roturas.- Igulis, Uraga y la Mirandilla.- Mendierra.- San Roque.- Por Urcullu y Subichu.- El Pantano.- ¡Te saludamos, «yungla»...!

CAP. V. - ALONSOTEGUI

Un pie en Baracaldo y el otro en Alava.- Artiba.- Sordoyga.- Truchas frente a Linaza.- San Martín.- El R. P. Fray Miguel de Alonsótegui.- La iglesia de San Bartolomé.- Rango y distinción.

CAP. VI - BURCEÑA

Ante la Escuela de Llano.- ¡*Domilindón...!* - Aquel maestro meritorio.- De abolengo ilustre.- Munoa.- En Cruces.- En el País de los Cañeros.- La calle del Tanque.- Pescadores de perlas.- En el Responso.- Las angulas se enamoran.

CAP. VII. - RETUERTO

En ringulera.- Vieja hidalgúa.- ¡Viva Retuerto!- La unida juventud retuertana.- Por el andurrial de Cáriga.- Millares de burros.- «*Cu-Cu*».- Una frase de San Ignacio de Loyola.

CAP. VIII. - IRAUREQUI

Una imagen de San Antonio de Padua.- Encima de Peñascuren.- Juan de Zubileta.- La leyenda del Puente de Castrejana.- Fray Martín de Coscojales.- Los ciruelos *nasidisos*.- Un cerezo por dos reales.

AP. IX. - LUCHANA

El Príncipe de Luchana.- Humos y ruidos.- La «nao» Zopimpa.- La canción del noruego.- Los pescadores de la ría.- Levantadores de *jirrias*.-Fisonomía de Luchana.

CAP. X. - ZUAZO

Desde el balcón de Mucusuluba.- Estancia en Zuazo.- ¡Hasta cuándo?.- Dos *arrech*as charlatanas.- Duerme la aldea.

CAP. XI. - ARGALARIO

Nieve.- Árboles de Navidad.- Regalo del Cielo.- El monje blanco.- Belén.- Arnábal.- En la morada de *Juanchu el de Argalario*.- Hace muchos años.- ¡Gloria...!

CAP. XII. - PERFILES SUELTOS

Aspecto cultural.- Las industrias.- El comercio.- Los deportes.- Entierros y «besamanos».- Fiestas tradicionales del Carmen; de los barrios y los somos.- *Porrusalda* y «pimientos con bacalao».- El *chacolí*.- Las romerías de Cruces.- Baracaldeses ilustres.

FIN

Capítulo I

EREZA

LA ESFINGE.-MISA EN SAN ROQUE.-POR TELLITU Y POR SARACHO.-LOS humsmhs DE AGUIRZA.- MONTES Y MÁS MONTES.-NEPTUNO VENCIDO.-BARACALDO

DEL engolfado mar de montañas que configura la comarca baracaldesa, destaca gallarda, a cerca de mil metros de altitud, la imponente testa del Ereza, perforando, unas veces, los vapores de la atmósfera, donde permanece largo rato en celestial embeleso, enjoyándose, otras, con blanca diadema de niebla, y mirando, las más, impávida como una colosal esfinge al Cantábrico bravío, hasta que las primeras nieves la tocan de alba chapela de armiño.

Nos espolea el deseo de llegar allí arriba, en esta fresca mañana de Abril, para escrudinar, desde lo alto, el curso de los ríos de nuestra anteiglesia, mirar a vista de pájaro, los barrios, somos, y los gayos caseríos, esparcidos por vegas y laderas, y contemplar las suaves ondulaciones de colinas y collados y las escarpadas cimas de los montes de Baracaldo; queremos recrear los ojos con los bellísimos paisajes de los rincones, que nos son tan caros; queremos desentumecer nuestros miembros y saturar nuestros pulmones de aire puro; ansiamos, en suma, gozar en este día de una más cercana presencia de Dios desde donde mejor puede admirarse toda Su majestad y grandeza: desde la eminencia de una alta montaña.



Hemos llegado a El Regato enjaulados en el renqueante y prosaico autobús de línea en el momento que la campana de la iglesia de San Roque repica alborozadamente invitándonos a oír la Santa Misa. ¡Oh, estas misas domingueras en los humildes templos rurales! Así, de mañana, el alma platica con el Señor, plácida y sencillamente, en un tono más íntimo, familiar y hogareño.

Salimos de misa con el corazón rebosante, saludamos ufanos a queridos amigos nuestros, insignes «regateños», e iniciamos despaciosamente la derrota del Ereza por el empinado y retorcido sendero que conduce a la misma cumbre a través délos somos de Tellitu y de Saracho.

Discorre el camino seccionando un enmarañado bosque de árgomas y helechos, bortes y castaños, patria de silfos y otras deidades silvestres, invadida en esta hora matinal por mil suertes de poéticos ruidos. Los inverosímiles arpegios de las pequeñasavecillas, el suave bisbiseo del aura y el desgranado canto de los cristalinos regatos, forman esta sin igual armonía de la Naturaleza.

Estamos en Primavera. La verde alfombra de yerba destila su líquido aljofar, las flores multicolores despiden sus gratos aromas y el alma se ensancha y amplía ante tanta belleza. Todo es poesía; es la Primavera.

Hemos cruzado Tellitu, cabe blanca y tupida techumbre de flores, flores de cerezos y pavíos, que al final de Mayo se habrán transformado en sabrosos frutos, los más sabrosos frutos del orbe.

Y hemos llegado a Saracho jinetes del rústico puente que salva el abismo. ¡Qué lindo es Saracho! La ermita y la plaza son tan diminutas, que esta aldea parece la habitan enanos. Cinco caseríos, uno de ellos prócer; esquilas de vacas, balidos lejanos, un mastín que ladra, chiqui-

Saratxo (ermita de San Sebastian)



llos que berrean y una fuente que canta. Escuadras de limacos cruzan la calzada dejando una blanca estela de babas. ¡Cuánta paz, qué calma! ¡Qué lindo es Saracho!

Bacigorta.

Aguirza. Ya estamos en Aguirza, último peldaño del Ereza. Varios rebaños de ovejas apacientan tranquilamente, semiocultos por el alto yerbal. Pastan también buen número de caballos montaraces que levantan la cabeza a nuestro paso y nos miran, cara a cara, altaneros y despectivos. Estos animales son, sin duda, descendientes de aquellos nobles y civilizados *humsmhs* que conociera Gulliver.

Un último y fuerte repecho y alcanzamos la cúspide del Ereza.

¡Soberbio panorama!

Tenemos de frente el mar anchuroso, de horizonte infinito, cuya linfa verdosa se encrespa haciéndose líquido polvo ante la barrera de la costa. Junto al oro de las playas, limpiísimas las ciudades y villas costeras.

Un piélagos de montañas que preside el patriarca Gorbea, con Cruz veneranda, se levanta en las demás direcciones: las sierras de Ordunte y Salvada, el pico de Amboto, peñas de Lecanda, los montes de Oíz, de Sollube y de Jata; montes y más montes, en cuyas entrañas, aun empapadas de sangre, resuenan los épicos ecos de cien guerreras hazañas. Y aquí, más cerca, a mano diestra, se esconde Bilbao, tras la enorme tripaza de ese animal fabuloso llamado Pagasarri, las pezuñas hincadas muy hondo en la tierra, que son la palanca que da movimiento a la Villa.

Volvemos de nuevo los ojos al mar galopante. Poderosas olas estrellan furiosamente su fuerza contra esos ciclópeos muros que surgen de tierra e impotentes, abriendo sus fauces, revientan en blancos penachos de espuma. Ha sido este el triunfo de un hombre vizcaíno—don Evaristo Churruca—en titánica lucha con el fiero Neptuno, a quien hizo clavar su tridente allá fuera, una púa en el achó Serantes, otra en la Punta Galea, y la otra de enmedio, a Bilbao dirigida, quedóle arqueada, torcida, en la zona fangosa del fondo del mar.

Bellísimo el Abra y gallardo y airoso el dintel de la ría; el puente colgante.

Saratxo



La ría.

Sestao, El Desierto, Luchana... flotantes los humos espesos que arrojan las mil chimeneas fabriles.

En El Desierto, al regazo de Róntegui, el corcovado montículo, empieza Baracaldo. Y luego las vegas que le dieron su nombre—no hay que olvidar que Baracaldo (*baraz-alde*) significa paraje de huertas en el idioma vernáculo—, las vegas amorosamente abrazadas por los ríos Castaños, Galindo, Cadagua y Nervión.

Y extendemos la pupila por los montes y collados de existencia perenne que hasta aquí llega en anfiteatro; son los montes baracaldeses, nuestros montes.

Desde esta la más cimera atalaya, te ojeamos, Baracaldo, a nuestro sabor, y contemplándote desde aquí, ¡oh solar querido!, el espíritu se desborda y se abre a chorros la fuente de la fantasía.

Vuela un aguiluchu sobre nuestras cabezas, vuela hacia arriba en busca del Cielo...



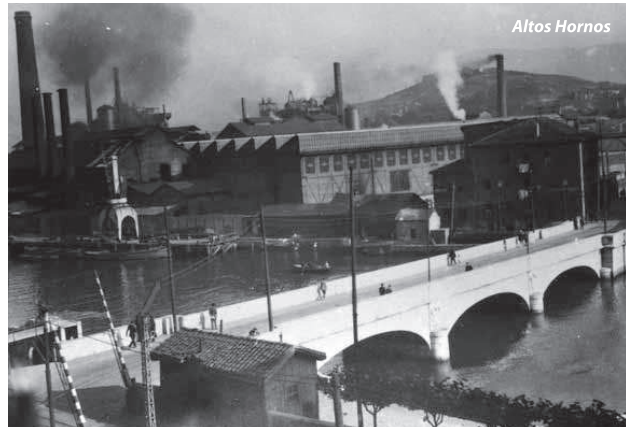
Capitulo II LA CIUDAD

DE DESIERTO A GRAN URBE.- EN LOS ANTROS INFERNALES.-LAS LOCOMOTORAS CASTAÑERAS.- DE «MAMÓN» Y «FRANCESILLA».- SALUDANDO AL CREADOR.- ¡VENGA CON NOSOTROS, AMIGO FORASTERO...!

NO hace un siglo todavía, el paraje de la desembocadura del Galindo era una playa desértica de dunas movedizas. En un islote enclavado en el brazo de mar a la altura de este desierto existía el convento de San Nicolás, cuyo islote desapareció cuando el hombre arremetió, con voluntad tesonera, la ingente obra del «relleno», consiguiendo aglutinar la isla con el continente.

Corría el año de 1855 cuando aquí se fundó la factoría denominada «Nuestra Señora del Carmen»—años después «Altos Hornos de Vizcaya»—, a cuyo arrimo y calor, siguiendo el ritmo progresivo de la incipiente factoría, nacían las primeras casas de la población que hoy ocupa el primer plano baracaldés y aun el vizcaíno después de la Villa de don Diego. Crecía la fábrica y el pueblo crecía amamantado en ubre tan poderosa. Y aquel desierto, aquel arenal jaspeado por millones de caracoles fosilizados, transformóse, en pocos años, en un pueblo industrial.

Sigue medrando la fábrica, surgen otras nuevas industrias y el pueblo se multiplica. Levántanse hermosos edificios, iglesias, escuelas, jardines, teatros, plazas, paseos, calle tras calle... la moderna capital de la comarca baracaldesa adquiere categórica personalidad y fisonomía de ciudad, de importante ciudad. No sólo en aquel paraje desolado de las dunas movedizas, sino también se afina la metrópoli en las vegas de Réqueta, Portu, Murrieta y Lasasarre; se engarza en las colinas de Pormécheta, Rágeta y Larrea con calles pinas y casas en tobogán,



que se apretujan y apoyan unas a otras; ocupa los antiguos lugares más altos de Arrandi, Landaburu y Carranceiru; allana la encañada de Zaballa; alarga sus tentáculos hacia Gabasa y Beurco, Lurquisiga y Arteagabeitia y amenaza con tragarse a San Vicente, la vieja capital lugareña. El esforzado trabajo, el laborar incesante, hicieron el milagro: ayer, desierto; pueblo grande, después; hoy, importante ciudad; mañana... gran urbe.

Familiarmente, en Baracaldo, llamamos «la fábrica» al marmágnun siderúrgico de la Sociedad Altos Hornos de Vizcaya. Es curioso, como describía este dédalo fabril un forastero que nos visitó un día del pasado Invierno. Este señor, tertuliano de casino y rebotica en su tranquilo pueblecito aragonés, escribía así a su amigo el galeno del lugar.

«... y ayer tarde visité los Altos Hornos de Bilbao, que no están en Bilbao, sino en Baracaldo. En Baracaldo hay que visitar los Altos Hornos lo mismo que los forasteros, cuando llegan a Zaragoza, no dejan de visitar la Pilarica. Así, pues, acompañado por un mi amigo que ejerce un alto cargo en la Empresa, me adentré en la factoría. ¡No lo repetiré en los días de mi vida! El extraordinario torbellino de máquinas, hornos, calderas, chimeneas, grúas, locomotoras, cabrestantes y otros mil artefactos más que no sé como se llaman, me sobrecogió de terror y de espanto; es esto algo quimérico e incoherente, cuya impresión me dejó anonadado. Todo es estruendo y fragor. Me figuré precipitado a los mismos antros infernales, un infierno que Dante no soñó. ¡Horrible pesadilla! Multitud de rojos demonios semidesnudos, chorreando sudor, azuzaban con grandes picaparrillas a las almas de los condenados que penaban en las entrañas de fuego de unas enormes calderas rebramantes. De cuando en cuando oíanse unos chillidos ululantes, fatídicos, indescriptibles, que sin duda eran producidos por el mismo Satán al que me pareció ver, arrebujado en su capa escarlata y envuelto en espesa nube de humo, escapar por una alta chimenea. ¡Vamos, vámonos de aquí! ¡Salgamos de esta mazmorra infernal!, hube de vociferar interrumpiendo las explicaciones del cicerone que hacía ya rato no escuchaba. ¡Vamos a la calle! Y en la calle, en plena calle, amigo mío, donde esperaba recobrar la tranquilidad, estuve a punto de morir del susto cuando unas a modo de enormes tazas de hierro líquido que la atravesaban, arrastradas por simiesca locomotora, reventaron a mi



paso en inquietantes fuegos de artificio. ¡Oh, estas locomotoras de los Altos Hornos! Cruzan las calles de la población como un viandante más y se paran en cualquier plaza o paseo, no para permanecer ociosas, sino para seguir trabajando, dedicándose al lucrativo negocio de asar castañas. ¡Así están luego las salas de los cines baracaldeses cubiertos por una espesa y crujiente alfombra de cáscaras...!»

Interrumpimos aquí la carta del genial aragonés para reproducir una parte del texto de aquel otro informador, no menos genial, que atravesó Baracaldo en el ferrocarril, camino de Portugaleta y de Santurce.

«Baracaldo es un pueblo muy sucio, donde el Cielo no se ve, cubierto por los negros humos de la industria. A la hora del mediodía los obreros se desparan por las calles de la población en busca de sus frugales condumios, siendo muchos los que no teniendo hogar cercano al trabajo, despachan sus vituallas sentados en un banco de la plaza o arrellenados entre las traviesas del ferrocarril. Después de comer y hasta que los ladridos de los cuernos y sirenas anuncian la hora de reintegrarse al tajo, seanean tranquilamente tumbados en los mismos bancos o traviesas, utilizando de almohada sus chaquetas y cubriéndose la cara con las boinas para no ser molestados por las moscas. De las ventanas y balcones de las casas cuelgan las coladas, predominando el azul del «mahón» y de la «francesilla». Por la noche, el Cielo llamea siniestro y letal...».



Plaza del Desierto

Venga con nosotros el visitante imparcial de Baracaldo y le llevaremos, cordialmente de la mano, a conocer nuestra ciudad. No se alarme ante la visión de la fragua de Vulcano ni abandone su imaginación a angustiosas regiones avernales. Antes la exalte admirando el gran poema fabril forjado por millares de brazos del ejército trabajador. Y cuando mire al Cielo, no vea en los negros nubarrones de humos, presagios siniestros, sino a cendales gallardetes y banderas que fluyen de las erectas chimeneas para saludar al Creador, que nos impuso a los hombres el deber de trabajar.

Ven con nosotros, forastero amigo.

Subamos por esta calle, limpia y bulliciosa, que es la arteria comercial de Baracaldo, arribemos a la Plaza de España, nuestra gran plaza, pulquísima y monumental, y permanezcamos inmóviles, largo rato, en su contemplación. Sigamos luego por el bellísimo Paseo de los Fueros, bajo los porches umbrosos de los árboles enlazados; admiremos en él la nueva Iglesia de San José; miremos la capillita de la Cruz, llena de ternura, y el serio obelisco de la linda plaza. Dirijamos nuestros pasos hacia el Asilo Miranda y contemplemos la obra de aquel filántropo baracaldés que aseguró un tranquilo hogar a nuestros ancianos pobres, un hogar que no tiene el aspecto huraño de otros Asilos que conocemos, sino la magnificencia de un palacio suntuoso rodeado de repeinadas avenidas de jardín, de árboles copudos y de flores multitud. Visitemos el Hospital magnífico, el espléndido Parque y las preciosas Escuelas de Altos Hornos. Detengámonos admirativos ante el señero y soberbio edificio de la Escuela Profesional del Trabajo. Adentrémonos en la bellísima Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, Patrona excelsa de la ciudad. Visitemos la Iglesia, las aulas, salones y campo de deportes del Colegio regentado por los Padres Salesianos, forjadores meritísimos de varias generaciones cristianas, cultas y selectas de nuestro pueblo.



Los Fueros

Podemos mostrarte, forastero amigo, otras cosas notables y bellas: otras hermosas calles, otros destacados edificios, más plazas y paseos... pero ya es bastante por hoy, forastero amigo.

Marcha tranquilo. Es ya de noche. No te sobresalte nuestro Cielo encendido. Desecha de tu mente los siniestros pensamientos que nuestro Cielo es coruscante, que nuestro Cielo es envidiado por la misma Luna en plenilunio.

Adiós, forastero amigo.

Capítulo III SAN VICENTE

EN LA TORRE PARROQUIAL.-DESDE ARTEAGA Y ARTEAGA-GOICO.-UN ACIERTO EN EL SIGLO XIII.-EL VIEJO CAMPO-SANTO. - BAIBÉ. - Ramonchín el de Gabasa.-LAS «CARRERAS» DE GATOS. -VIERNES, DÍA DE BRUJAS

Desde el campanario de la torre parroquial de San Vicente colúmbrase toda la periferia baracaldesa; pero han de buscarse otros puntos afines para mejor distinguir los detalles un tanto difuminados desde este alto dispuesto para gozar en éxtasis mirando al Cielo lapislázuli. Así, desde Arteaga, Larrasolo y Lequerica, disfrútase de la panorámica de Ansio — la más dilatada vega de Baracaldo y una de las más extensas e importantes del Señorío —, rematada al fondo por el panzudo Argalarío — el vigía baracaldés de la cordillera de Triano —, flaqueado de pinos y moteado por las alegres caserías montesinas de Sobren-campa, Susúniga, Aguirre y Burzaco. Dominase la vegada de Ibarreta, la patriarcal aldea de Zuazo, todo el estuario del Galindo de aguas amarillentas, la marisma del Juncal en jurisdicción de San Salvador del Valle y la vega sestaoarra de Beurco.



Iglesia de San Vicente

Situados en Arteaga-goico alcanzamos con la mano las heredades verdes y ocres de Lurquísiga y Landaburu, la gibosa colina de Róntegui y los rojos tejados de El Desierto. Junto a la ría, el tinglado abigarrado de la lúbrica de Altos Hornos de Vizcaya y luego, Luchana, donde desagua el Cadagua, que baja por Zubileta y Burceña como una línea de plata y forma con el Nervión la puntiaguda península de Zorroza. Vemos desde aquí las feraces veguillas de Bitoricha, Lecúbarri, Ibarre, Serralta y Sadona, condenadas a desaparecer como tantos otros terrenos agrícolas de nuestro pueblo para dar puso a las nuevas industrias; los cerros de Llano y Andicollano; las campadas de Balejo, Azula, Sarasti y Labróstegui; oteamos el collado de Basacho y las altitudes de Oscariz y de Sasiburu, plataforma esta de Arróleza; el montañoso calizal de Peñas Blancas, luego la muela de Apuco y, más lejos, al final de esta crestería, divisase el Ereza coronado por ingrátida gasa de niebla.

Tuvieron, pues, acierto, hace setecientos años, los fundadores de la iglesia de San Vicente, don Sancho López de Baracaldo, don López Gonzalo de Zorroza y don Galindo de Retuerto, al situar el templo parroquial en la bella planicie de este cerro privilegiado, dominador de todo el espléndido escenario del ruedo baracaldés.



San Vicente (11-6-62)

Aquí, en la vieja capitalidad baracaldesa, de noble tradición labradora, junto a los sólidos muros de la parroquia, reuníanse antaño los sesudos regidores de la Anteglesia para celebrar sus juntas o *batzarres*. La acción demoleadora de los tiempos pulverizó sus cuerpos en el anejo Campo Santo, donde hoy los mozalbetes juegan al fútbol hollando las sagradas cenizas de sus antepasados. ¡Lástima que este lugar no esté cubierto de flores, flores que emanen el rancioso aroma de aquellos austeros varones!

El incremento constante de la población hizo necesaria una nueva necrópolis. Ahí está en Baibé, la silente ciudad de los muertos, tapiada por altos muros, quejumbrosos los altos cipreses de fúnebre simbolismo. Ahí está, en Baibé. Nos espera a los que vivimos custodiando a los que murieron.

San Vicente tiene aspecto señorial, con sus casas-palacios de encristaladas galerías, por las que se filtran los rayos de sol y los amenos jardines que las rodean. En el pórtico de la parroquia, un sacerdote, leyendo su breviario, pasea, con paso silencioso, por las losas centenarias. Chiquillos juguetones corretean por la plaza como bandadas de gorriones. Sentados en un banco toman el sol, en grupito, varios ancianos que sonrían — con la apagada sonrisa de los ancianos — por las gracias y donaires que brotan espontáneas de la boca del más viejo de todos ellos, el octogenario *Ramonchín*, *el de Gabasa*, baracaldés de pura cepa.

Ramonchín es hombre de «trago y cigarro». Tiene la cara surcada por los arañazos de las arrugas, la cabeza, cenizosa, cubierta por la amplia boina, muy bien colocada, la nariz grandísima y la «nuez» tan prominente que le sale al nivel de la grandísima nariz. Menudo y enjuto, va enfundado en la corta blusa de percal cuadrículado, limpísima siempre, así como el remendado pantalón y la camisa blanca que lleva desabrochada por el cuello. Ya le conocéis a Ramonchín. A Ramonchín todo el mundo le conoce en Baracaldo, donde se le respeta como a un símbolo que es de la más rancia solera. Aún tiene humor para obsequiar a las muchachas con camelias rojas y blancas, flores deslumbrantes de que se apropia en el Asilo. No falta a los «entierros». Cuando está un punto «alumbrado» saca la voz, recia todavía, y canta las jotas baracaldesas, de sesgo inconfundible, con brío juvenil. Se le oye conversar llevando



San Vicente

siempre la voz cantante. Retiene con memoria prodigiosa las efemérides más salientes de su época y cuenta sus propios sucesos, siempre estupendos y exagerados, con frases imposibles de trasladar al papel; pero expresivas por los nerviosos ademanes que las acompañan.

Hoy Ramonchín refiere a sus amigos los episodios de una vieja «fiesta», las «carreras de gatos», consuetudinarias hasta hace setenta años en que desaparecieron y de las que eran protagonistas los endiablados chavales de San Vicente.

Veamos cómo era esta «fiesta».

En la mañana del día de San José ocupábanse los chicos en perseguir y dar caza a todos los gatos del barrio y lugares vecinos. El felino doméstico, el sentimental micifuz, permanecía en el secuestro toda la mañana prodigando sus *miaus* más elegiacos. Por la tarde, los trasladaban al Juncal, donde se celebraba entonces, como hogano, la típica romería. Llevaban, asimismo, los más groseros instrumentos, pucheros desportillados, escobas decrépitas, latas enroñecidas, etc., que eran atados fuertemente, con bramantes, a los rabos de los infelices animalejos. A una señal convenida daban suelta a los bichos, propinándoles sendas patadas. Y aquellos foragidos gozaban del bárbaro y pavoroso espectáculo con carcajadas estrepitosas.

Hasta doscientos gatos, con los ojos fulgurantes y espantados, los bigotes erizados, dando saltos prodigiosos a través de los caños, junqueras y cañaverales que separan El Juncal de San Vicente, produciendo en la loca



San Vicente desde el campanario

huida una infernal algarabía de maullidos desgarradores y raros estrépitos de los originales remolques... ¡bárbaro y pavoroso espectáculo!

No paraba aquí la cosa. Infelices de aquellos gatos que no alcanzaban la deseada meta de su domicilio. Aquella legión de demonios los perseguían y acorralaban de nuevo, y esta vez, los que caían en sus manos, eran rematados, despellejados y, ¡oh manes de Pantagruel!, se los comían. Que no siempre eran de cordero las cenas de San José en algunos hogares de San Vicente.

Ramonchín añoraba aquellos tiempos que él, con moceriles ínfulas, estaba dispuesto a resucitar. Al terminar su narración brillábanle los ratoneros ojillos y alejóse con un guiño malicioso. Y los ancianos, que toman el sol sentados en un banco de la plaza de San Vicente, se sonríen, con la apagada sonrisa de los ancianos.

¡Tánnn, tánnn, tánnn...! Las ocho en la «catedral» sanvicentina. Y también nosotros nos alejamos temerosos que la noche nos alcance antes de llegar a Arteaga. Hoy es viernes y, junto al depósito de aguas, celebran sus aquelarres duendes, brujas y fantasmas a la luz fosfórica de mil ojos gatunos clamando venganza.

Nos persiguen las sombras de los gemebundos cipreses de Baibé. Nos alucinan los *miaus* desgarradores de los felinos secuestrados.

Es viernes.

Por fin pasamos Arteaga.

Capítulo IV

DE MINGOLIA P'ARRIBA

¡KIKIRIKIII...!- EN LA FUENTE DE AMÉZAGA.- UNA VACA INEDUCADA.- TELLECHE.- EN LAS RUTAS DE PTOLOMEO.- ARCADIA.- LECHERAS Y VENDEJERAS.- GOROSTIZA.- LAS ROTURAS.- IGLUIS, URAGA Y LA MLRANDILLA.- MENDIERRECA.- SAN ROQUE.- URCULLU Y SUBICHU.- EL PANTANO.- ¡TE SALUDAMOS, «YUNGLA»...!

Al recorrerse el negro telón de la noche impenetrable, nos despierta el sonoro clarín del gallo trompetero. Alborada fresca del mes de Mayo. Una tenue neblina apenas impide percibirlos contornos de los próximos collados de Guliendo, Espinóbeta, Cadorcó y Qaramilloba.

Ansio. Qalsua. Retuerto.

La fuente de Amézaga.

Ya ha limpiado totalmente el nuevo día y despuntan tibios los primeros rayos del astro rey. Rezuma el praderío las líquidas perlas de rocío y los madrugadores pajarillos saludan alegres a la aurora con sus mejores melodías. Todo, todo es armónico y apacible en esta diana primaveral, como si Dios reservara los mayores instantes de gozo a quienes muy de mañana se apresuran a loarle y pedir Su bendición.

Una vaca, pesada y silenciosa, viene hacia nosotros, ocupando el centro de la carretera. Su abrigo de piel representa el mapa de otro mundo de tierras remotas y mares desconocidos. Es nuestro primer encuentro. Cuando esperábamos un cortés mugido de salutación, deja caer nuestra altura varias a modo de boinas verde-oscuras que, al estrellarse en el suelo, producen el clásico *plaf* los objetos blandos.

Por las caprichosas cuevas y oquedades de aluvión, asoman los muñones de los troncos y las descarnadas raíces de los árboles erguidos. Se ennegrece el río sinuoso con la sombra de los chopos, se cuele hasta Telleche—uno de los más primorosos rincones de Baracaldo—para reaparecer, doscientos metros más arriba, lamiento la carcomida carretera.

Bajo los árboles corpulentos acampa una familia de gitanos. Dícese de la existencia de una carta geográfica, atribuida a Ptolomeo, en la que figuran trazadas las rutas que siguen estas tribus nómadas. Si esto es así, no dejará de estar señalado en ella, con caracteres bien marcados, este soto de Bengolea, lugar de indefectible vivaqueo para las gentes trashumantes. Por el ventanillo de un carromato-habitación asoma la desgredañada cabeza una vieja gitana que nos ofrece decir la «buena-ventura». Varios costrosos caballejos y valetudinarios jumentos pacen los jugosos yerbajos de la campa; cuatro famélicos perros permanecen



atados a los carros; objetos diversos del ajuar yacen esparcidos por el suelo. Parece jefe de esta tribu un faraónico cincuentón de pañuelo grasoso anudado por el cuello; le destacan sus enormes mostachos negríssimos y la gran navaja cabritero con que parte en rodajas su desayuno, un gran trozo de pan moreno al que acompaña una sardina gallega. Un *churumbel*, enjuto y renegrido, berrea dentro del río, donde una gitanilla graciosa, de aceitosos cabellos, procede a su ablución. Otro cañí intenta esquilarse a un asno carcamal que acaso, ¡infeliz!, haya dormido la pasada noche en el confortable establo de un próximo caserío y por eso las prisas de este matutino *camouflage*. Asusta al pollino el brillo y el ruido de la tijera y ofrece resistencia a ser despojado de la rala pelambarrera, su único abrigo, con la gualdrapa de saco, en los muchos inviernos de su existencia. Los cortadillos de azúcar y las zalamerías y adulonas palabras del gitano no conquistan al desobediente animal, hasta que otras contundentes «razones», una atroz lluvia de palos, déjanle mohino y suave como mi guante. ¡Pobre burro! Lejos del regazo de tu establo en el añejo caserío, ¿quesera de ti?; quizás la muerte te dé alcance allá por los remotos confines de Estambul.

Llegamos a la presa. El agua se desborda, produciendo en su caída alegría a la vista y grata música al oído. Delicioso paraje. La presa, con sus hilos de agua cascabeleros; el río espejeante, con su fondo de lisas lastras y de guijos gordezuelos; el rústico vado; la campiña, pintada de esmeralda...; este arcadiano lugar es una filigrana que plugo a la Naturaleza dotar a nuestro pueblo. Con razón es el sitio preferido por muchas familias de El Desierto para sus yantares campestres del estío.

Seguimos nuestro paseo por la cinta de la carretera. Ya vienen las lecheras, limpias como soles, con las relumbrantes cantimploras en las cestas de sus borricas; ya vienen, camino del mercado, los carros repletos de *vendeja* con sus aurigas las bizarras labradoras. Cestos llenos de lechugas, espárgagos, puerros, cebolletas, habas verdes y berzas de primavera; cestillos con pavías y grandes *pericachos* llenos de cerezas, los frutos más caracterizados, de renombre universal, del pensil baracaldés.

Gorostiza.

La feracísima vega de Gorostiza, regada por el Bengolea o Castaños—que de ambos modos se le denomina—, en plena lozanía, es una de las cosas más llamativas de nuestro pueblo.



Un arroyo saltarín, que baja canturreando de la montaña, se une en Bustingorri al curso pintoresco del Castaños.

En las fragosas laderas de los montes, que se alzan a ambos lados del camino, las roturas.

¡Roturas baracaldesas cuajadas de múltiples cerezos, cargados de gruesas y carnosas perlas de púrpura y carmín!, decidnos, roturas baracaldesas, ¿sois acaso vosotras un resto del terrenal paraíso?, ¿sois acaso el discutido Edén?

Igulis.

La popular fuente de Igulis. Un agüista temprano ojea una revista sentado en uno de los chatos poyos. Más arriba, Uraga, donde un mago baracaldés consiguió, en otros tiempos, someter a las *sorguiñes* y otros sañudos *enemiguillos*, introduciéndolos en un *alfiltero*. Y más arriba, en plena sierra, la Mirandilla, centinela del valle.

Irenguren.

En su solar levántase hoy una casería de labranza donde antiguamente radicaba la linajuda casa-torre. También existió aquí, una de aquellas ferrerías que fueron cuna de las modernas factorías.



Extrañas apiladuras de huesos de cerezas a los bordes del camino...

Retosarta.

Mendierreca.

Detrás de una curva aparece El Regato, acurrucado a la sombra de los castaños, de los pavíos y de los cerezos. Triscan las ovejas y corderos en la pendiente. Estamos ante una bella estampa bíblica.

Dice una jota local:

*Muy bonito es Castrejana
porque tiene cerca el monte,
más bonito es el Regato
que además tiene a San Roque.*

Sí, aquí, en el altar de la Iglesia, está San Roque, con su cayado y su perrillo. Aquel santo provenzal, aquel mancebo de poderosa alcurnia que todo lo dejó para favorecer a los pobres, mira complacido, desde el Cielo, a esta humilde aldea baracaldesa que le proclama su patrón. ¡Que él la colme de venturas y a nosotros no nos olvide!

Varios arroyuelos murmuradores júntese al padre río, y ya todos unidos saludan alegremente a la noble aldea con el cascabel de la corriente. Un frágil puentecillo surge de la misma portalada del caserío Mazorreca. Un sin fin de senderos amarillean por el monte; uno recto y empinado va derecho hacia Arnábal, pasando por Póceta y Mazcorra; otro, acaba en Trasquilocho; el de más allá, se dirige hacia Urtu, Loyola y Burzaco; aquel otro, culebrea en dirección a Tellitu, Salgueta y Saracho. Nosotros seguimos por la carretera hasta Subichu, donde muere, después de pasar Urcullu. Continuamos luego la excursión por el amplio camino carretil que conduce al Pantano.



El Pantano y aledaños.

Las flores acuáticas orlando las orillas, los peces multicolores que asoman boquiabiertos a la superficie, las aguas de la alta presa precipitándose en blanquísima cascada, el parque de amenas umbrías, la campa tapizada de yerba, los vecinos helechos, como verdes abanicos, movidos suavemente por la brisa, el ruiseñor que canta en la espesura, los barrancos escondidos que ignoran la existencia de la luz solar, los robles patriarcales, las sutiles florecillas silvestres, los brincos de bertos que nacen en las quebras de las peñas, los ásperos cantiles que ascienden río arriba, los arrullantes regatos de linfa cristalina cantando sus fresquíssimas sonatas, el intrincado y laberíntico bosque, ...la «selva» baracaldesa, la «yungla» del Bengolea.

¡Te saludamos, selva minúscula, selva de juguete, encantadora selva baracaldesa! ¡Te saludamos, yungla feliz donde el caimán se llama ligartesa y *chindorrillo* el marabú!

Te saludamos, rincón de la paz. Te saludamos, morada de los gnomos, de las hadas y del príncipe azul apresado en el palacio de cristal.

Te saludamos.

79

Capítulo V

ALONSOTEGUI

UN PIE EN BARACALDO Y EN ÁLAVA EL OTRO.- ARTIBA.- SORDOYGA.-
TRUCHAS FRENTE A LINAZA.- SAN MARTÍN.- EL R. P. FRAY MIGUEL DE
ALONSÓTEGUI.- LA IGLESIA DE SAN BARTOLOMÉ.- RANGO Y DISTINCIÓN.

Si acumulando toda la plétora de energías conseguimos encumbrar la poderosa mole de Ganecogorta, podemos los baracaldeses posar





un pie en el término de Oquendo, de la región alavesa, y descansar el otro en Arrabachu, de nuestro propio territorio jurisdiccional. Algunos de nuestros lectores experimentarán una verdadera sorpresa al tener conocimiento que Baracaldo, al que se imaginan tan sólo como un punto negro arrimado al Nervión en las proximidades del mar, pueda confinar con Álava. Y así es en efecto; Baracaldo confina con Álava desde el año 1888, en que se anexionó a nuestro Municipio la antigua Anteiglesia de Alonsótegui. Con esta anexión la comarca baracaldesa comprende 4.545 hectáreas de extensión, ocupando uno de los lugares preeminentes entre los municipios más dilatados del Señorío.

En los pliegues y repliegues de esta alta cordillera de Ganecogorta a Pagazarra, se encuentran también los hitos y mojones que separan a Baracaldo de otros términos municipales de Vizcaya; el alto de Lingorta, Urquiza y Aspe, con Gueñes; Larrenchu, con Zoilo; Pagasari, con Arrigorriaga; Pagasari, Ganeta, Restaleco, Aránsuli, Udoy, Ingulis y Campichu, con Bilbao. En la elevada meseta sesteá el poblado de Artiba, semejando a una vieja acartonada y enjuta, que dormita acariciada por el sol. Y es este de Artiba un somo baracaldés donde todavía puede oírse, a los nativos, el *euskera* privativo. Desde aquí podemos descender al pueblo de Alonsótegui por Sordolla, Ardaola, Mintechu y Azordoyaga, o también, bajando por encrucijados atajos y senderos, desde Gongueda a San Martín y a Ullate, rozando el gran pinar, de imponente negrura que jalona el brechazo de Zamaya.

Viajero; si la suerte te depara arribar a este pueblo de Alonsótegui, adéntrate hasta Sordoyga por el bucólico vericuetto besado, amorosamente, por el murmurante arroyo que baja de Mintechu. Sordoyga es



una aldea agazapada, perdida entre montañas, circuida por apretado ramaje en que los pájaros trinan y revolotean. Trinos de los pájaros, pío pío de los polluelos apretujados bajo el palio de las alas maternas y lejanas baladas de pastores; estos son los barruntos de Sordoyga, el inefable e inocente remanso donde los ojos se deleitan y se embriagan los sentidos. Adéntrate, viajero, hasta Sordoyga y nos agradecerás las gratas e inolvidables impresiones que recibas. Y haz un esfuerzo mayor, si el caminar no te fatiga; sube la brava pendiente, y en una protuberancia de la cordillera alcanzarás el somo de San Martín y quedarás conmovido por la honda poesía de otra aldea virgiliana asentada a la sombra azulena de los manzanos.

Más lugares pintorescos; Aldana, Alda-nazarra, Zaramillo... y otros de industrial temperamento; Arbuyo, Aldanondo.

Y en el confin baracaldés de la ribera del Cadagua se encuentra Linaza, frente por frente de la orgullosa casona de Lazcano; enmedio, se alarga el murazo de la presa dividiendo las aguas en que rebullen las truchas, las loinas y los barbos.

Más abajo, bajo el puente de Alonsótegui, fue encontrada, a principios de este siglo, una imagen, de San Martín Obispo en un pozo del río. El misterio de este hallazgo no ha sido todavía descifrado a pesar de las diversas conjeturas que corren por el pueblo y lugares circunvecinos. La imagen fue trasladada al somo que ahora se denomina de San Martín, donde es venerada en una ermita minúscula contruida a expensas de don Máximo Chávarri.



Alonsótegui cuenta con un hijo muy preclaro al que algunos autores consideran natural de Arrigorriaga. Nos referimos al R. Padre Fray Miguel de Alonsótegui, Comendador que fue del Convento de Mercedarios de Hurceña y a cuya pluma se debe un libro lleno de erudición que escribió en 1577, titulado «Corónicas de Vizcaya».

La majestuosa iglesia de San Bartolomé data del año 1500. Situada en la eminencia de una roca, domina un gran trecho del ubérrimo valle del Cadagua.

Alonsótegui tiene el aspecto sosegado y apacible de las antiguas anteiglesias vizcainas; las casas emplazadas a ambos lados de la carretera, próximos el río y el monte, y la iglesia, el más destacado edificio, en una prominencia. Pueblo de calmosa apariencia que ejerce en los nervios influjo sedante, sus naturales tienen, sin embargo, el alma templada para la aventura y el peligro. La ambición les domina; pocos serán los hogares que no cuenten con un miembro emigrante. En Méjico, Perú, La Argentina, Chile... son muchos los *alonsoteguiarras* que batallan y luchan. Y si no todos triunfan, algunos alcanzan fortuna y renombre.

Por breves que sean los instantes que permanezcáis en este pueblo, percibiréis inmediatamente un agradable tufillo de distinción y de rango. La corrección y la afabilidad en el trato es proverbial en sus moradores. Nosotros hemos tenido siempre hacia esta localidad baracaldesa, afable, distinguida y formal, respetuoso y sincero aprecio. Y como nosotros, todo aquél que la conoce.

Capítulo VI

BURCEÑA

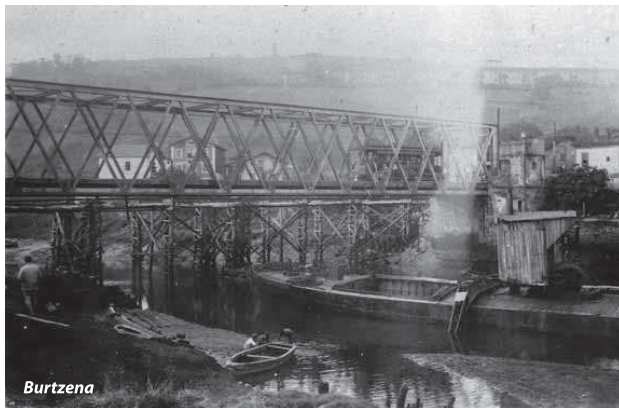
ANTE LA ESCUELA DE LLANO.- ¡DOMILINDÓN...!.- AQUEL MAESTRO MERITORIO.- DE ABOLONGO ILUSTRE.- MUÑOA.- EN CRUCES.- EN EL PAÍS DE LOS CAÑEROS.- LA CALLE DEL TANQUE.- PESCADORES DE PERLAS.- EL RESPONSO.- LAS ANGULAS SE ENAMORAN.

PRESENTES en la plazoleta de Llano, ante la vieja escuela del lugar, somos invadidos por un tropel de enternecedores recuerdos infantiles. Nos parece estar como hace tantos años, ahí arriba, sentados en «nuestro» pupitre de la octava clase, próximo a la espaciosa ventana. Nos parece oír la enérgica voz de don Justo, el maestro paternal: ¡Orden, silencio, atención! Orden, silencio y atención que manteníamos los alumnos bien poco tiempo; uno, que pinchaba a su vecino; otro, que, distraído, alejaba su mirada del encerado siguiendo el vuelo de una mosca; éste, que pensaba en el nido de la *sieve*; aquél, en el río... hasta que el buen maestro gritaba otra vez agitando la regla: ¡Orden, silencio, atención!

Y nos parece oír ahora a don Justo: ¡de pie! Y que cantamos, bajo su batuta, cualquiera de aquellas bellas canciones que arrullaron nuestra edad escolar:

Que bonito es el nidito
que el jilguero construyó
más bonitos son los trinos
que el jilguero cantó!

Domilindón
Las campanas
Tocan la misa
Domilindón
Las toca don Ramón



¿Recordáis amigos de la escuela? Sí. Recordáis. Y el recuerdo también os enternece.

Aquel maestro meritorio, don Justo, es hoy anciano. Y nosotros somos ya hombres. ¡Qué alegría para el maestro, que alegría para nosotros sus antiguos discípulos, reunimos aquí, en la vieja escuela, en torno a su venerable figura! Siquiera una sola vez...

Llano, con sus casitas mirando a Luchana, a Burceña, a Zorroza, a Deusto, a Bilbao... es uno de los lugares más bonitos y alegres de nuestro pueblo. Y sus vecinos, los vivaces vecinos de Llano, saben cosechar simpatía con la misma facilidad que en su pródigo terreno

¹ Lo gris está añadido por Txeru García.



se cosechan los inigualables pimientos *choriserillos*. Estos vecinos, autóctonos legítimos de su lugar, son de prosapia egregia; entre sus apellidos figura siempre el muy esclarecido apellido de Llano, corre por sus venas la sangre del muy noble señor de Llano. Aquí está, enhiesta y arrogante, la alcornosa casa-torre, dignamente ocupada por un descendiente de aquel ilustre infanzón de tizona en ristre, ocupada por un Llano sin vasallos, por un Llano que alterna su trabajo en la fábrica y en la gleba para poder vivir modestamente.

Según vamos para Cruces tenemos a la derecha Sagarrasti, Andicolano, otros preciosos rincones baracaldeses. Y a la izquierda, en un gran trecho de camino, la sólida muralla de Munoa, vasta propiedad cuajada de flores y de árboles frondosos rodeando a la regia mansión de nórdica arquitectura.

Más fincas tapiadas. La arboleda de Sarasti. Policromos hotelitos veraniegos en Guruceta y Tellería. Y luego, Cruces con su amplia campada donde se celebran las famosas romerías; Cruces, la sede baracaldesa de los baracaldeses de *arremango*.

Descendemos a la capital del barrio, a Barceña, la «ciudad» de los puentes, a Burceña señorial, a la piadosa Burceña que acude siempre en masa a los «entierros».

Donde muy antiguamente estuvo un convento de padres mercedarios, hoy se levanta la iglesia en que los muy católicos burceñeses veneran a Nuestra Señora de las Mercedes.

Lo que más nos gusta de Burceña es su típica calle del Tanque, con sus casas, ceñidas al canal, mojóndose los pies. En los días de bonanza, el río besa amorosamente los cimientos de las casas; pero en los días de agitado turbión los descarna con furiosos golpetazos. De la calle del Tanque son esos hábiles y resistentes tritones que extraen los relucientes *bichis* del fondo del Cadagua. Y nos creemos transportados a una perlería del Pacífico.

Antaño, Burceña fue muy notable por sus astilleros del Responso, de donde salían bien paramentados veleros y bergantines.

Merece ser visitado este paraje del Responso, porque en él se dan más y mejor que en cualquier otro las afamadas angulas de Burceña, que siempre han alcanzado los máximos precios en el mercado pantagruélico. El Responso debe visitarse en invierno, de Diciembre a Marzo, y de noche, de noche oscura y lloviznante, que es cuando las angulas





Finca Munua

— el «fideo fluvial» que decía un infortunado amigo nuestro — acuden a los lugares polarizados por la mortecina luz de los faroles. Si la noche está clara, la Luna, dominante, y las estrellas titilando en el firmamento, se esparcen las angulas por toda la superficie de las aguas, resultando vana e infructuosa su captura.

¡Espectáculo solemne el de la pesca de la angula! Noche de *siri-miri*, de intensa negrura. Enfundados los anguleros en los gruesos capcinos; situados cada cual al final de su *carrejo*, esas edificaciones de piedras apiladas, monumentos megalíticos que se adentran en el río formando los *rejules*; pestañean los faroles, háceles el eco con sus guiños una estrella solitaria; óyense los rítmicos sonidos de los cedazos chapoteando con las aguas, que sólo se interrumpen cuando arremete a su bota el pescador. Las angulas que remontan río arriba, con la marea ascendente, tuercen su camino atraídas por las luces pirueteras de los fanales que las llaman al *rejul*, que es el ángulo que forma el entrante carrejo en las aguas. Y como decía aquel mentado amigo nuestro: si el *rejul* es el «ángulo» no es nada sorprendente que la «angula» se deje seducir por el *rejul*. Y van cayendo poco a poco, muy poco a poco, en el cedazo y en el balde *ad-hoc* del angulero: una, dos, nada, tres, nada, nada, una... y siguen las *batadas*, durante horas y horas, para conseguir unas onzas o dos cuarterones del preciado «fideo fluvial». ¡Qué baratas se cotizan en el mercado pantagruélico las angulas de Burceña! Pero el angulero, enfundado en su grueso capotón, junto a la misteriosa luciérnaga de su farol, interrumpiendo con sus hatadas el silencio de la noche lloviznante de intensa negrura, simboliza una de las virtudes más estimables en los hombres, simboliza la paciencia.

Abandonamos la «ciudad» de los puentes, a Burceña señorial, a Burceña en que vimos la primera luz.

Nos alejamos del País de los Cañeros.



Llano (Torre)

Capítulo VII RETUERTO

EN RINGULERA.- HIDALGUÍA.- ¡VIVA RETUERTO!.- LA UNIDA JUVENTUD RETUERTANA. — POR EL ANDURRIAL DE CÁRIGA.- MILLARES DE BURROS.- «CU-CU».- UNA FRASE DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

Después de Bitur, ya en Arteagabeitia, la recta y bellísima avenida taja en dos a la ostentosa vega de Ansio que, a derecha e izquierda, hasta Retuerto, muestra al paseante las ubérrimas piezas de hortalizas *en ringulera* y los verdeantes pastizales salpicados del blanco y amarillo de las febles *chiribitas* y del rojo sanguíneo de las amapolas.

Retuerto, orgulloso y altivo, del más rancio abolengo baracaldés, tiene regusto de vieja hidalguía. Sin embargo, los retuertanos a ultranza jamás os dirán que son baracaldeses; ellos son de Retuerto. Tan acendrado es el amor de los retuertanos a su rincón, que de uno de sus hijos tenemos oído un peregrino suceso.

Tuvo nuestro hombre un disgusto de familia y, en un arranque acibarado, decidió alejarse de los suyos. Y en un patache embarcó en Portugaleta con rumbo a ultramar. Llegó tarde a despedirle un pariente suyo, que luego cantó, con local vibración, aquella jota tan oída por los chacolies baracaldeses:

A Portugaleta *jui*
por verte, primo del alma,
no te vi más que el sombrero
y el barco que te llevaba.



Retuerto

Méjico.

Oyendo a los mejicanos su hablar aguachinaguado y ausentes de sus oídos las recortadas frases de Retuerto; lejos de su mirada el argentado río que atraviesa su lugar; lejos su novilla; lejos el prado; lejos el caserío; lejos el verde maizal; lejos el monte Argalarío; tan lejos, su Retuerto amado... y tan alejado el corazón, que el buen retuertano, triste triste, nostálgico y evocador, enfermó tan gravemente que la tremenda murria le llevó a las fronteras de la muerte. Hizo Dios el milagro que un luchanés trotamundos, linyera en las pampas, apache en Marsella y en Méjico intrépido gaucho, cayera a la sazón en aquel rancho remoto donde un compatriota moría. Informado el luchanés del lugar de nacimiento del moribundo, percatóse al instante de la clase de mal que a la tumba le llevaba y, así, sin pérdida de tiempo, puso en práctica la medicina conveniente. Salió al campo y en sitio que el enfermo pudiera oírle bien, gritó estentóreo. ¡*Bandadas de quiñas me c... la uva!* ¡*Viva Retuerto!* Y cuentan que el buen retuertano, que ya en los estertores de la agonía se hallaba, brincó de su lecho como picado por un agujijón... pidiendo a su madre, a gritos, la escopeta. Y el redivivo retornó a Retuerto, su místico amor.

Pero no se crea por el relato que en Retuerto campea el melindre. Contrariamente, la juventud de Retuerto, la unida juventud de Retuerto, se ha hecho siempre temer y respetar en reyertas y colisiones por sus



Retuerto

puños enérgicos. Gente alegre, de humor, de humor abundante, tiene para la pelea dureza diamantina.

Para trasladarnos de Retuerto hasta ligarte hemos preferido siempre el andurrial de Cáriga a la anchurosa carretera general, atravesando las aldehuelas de fuerte sabor clásico baracaldés, denominadas Las Carolinas, Luísiga, Gaztísulo, Cáriga y Ugarte la Vieja. Ristras de ajos y rosarios de pimientos al socaire; cerdos adiposos y gruñones revolcándose en el lodo; hiedra y musgo abrigando los decrepitos muros del camino y accesos abruptos y escarpados que conducen al fragoso Argalario.

Y en Cáriga, ¡ah en Cáriga!, uno, diez, cincuenta; hemos contado hasta más de cien burros diseminados por heredades, caminos y praderas. Salvo en un ferial de asnos o en un zoco marroquí, no habrá, seguramente, en todo el mundo, un lugar donde se encuentren reunidos tantos animales de esta clase. Jamás hemos llegado a comprender el por qué de esta afición hacia los burros que sienten los jocundos vecinos de Cáriga, aborígenes de la más pura estirpe baracaldesa. Vemos aquí al jumento abúlico de lacias greñas; allí, a varios borriquillos persiguiéndose juguetones, dibujando graciosos esguinces; allá, al temible onagro de mirada retadora; más lejos, al anciano jumento de carga que estornuda y enseña los dientazos amarillentos como teclas de piano derrengado. Aquí, allá y acullá, pollinos y más pollinos. Y también pollinas abultadas que velan por la continuación de su especie.



Retuerto (molino las Carolinas)

De nuevo en Retuerto. Retornamos por la vetusta calzada que tiene su nacimiento en la plaza, junto a la modestísima iglesia de San Ignacio.

Beteluri. Labróstegui. Cruces.

Ha anochecido. Se oye *cu-cu* incesantemente,

Sarasti. Azula. Sacona.

Croan las ranas y persiste el *cu-cu*. El grillo «carbonero» canta feliz, en el hogar, uniéndose al concierto nocturno. Escondidos en los jara-

les fosforecen tenues los gusanos de luz. Domina en el firmamento, tachonado de estrellas, el luminoso fanal de la luna.

En la tierra parpadean los gusanos de luz y en el cielo parpadean las estrellas. Y recordamos la frase del santo vasco, del santo de hierro, de San Ignacio de Loyola: *¡cuan baja me parece la tierra cuando miro al Cielo!*



Ugarte la vieja

Capítulo VIII ÍRAUREGUI

83

UNA IMAGEN DE SAN ANTONIO DE PADUA.- ENCIMA DE PEÑASCUREN.- JUAN DE ZUBILETA.- LA LEYENDA DEL PUENTE DE CASTREJANA.- FRAY MARTÍN DE COSCOJALES.- LOS CIRUELOS *nasidisos*.- UN CEREZO POR DOS REALES

EN el capítulo destinado a Baracaldo en la «Historia General de Vizcaya», escrita en Munitibar en 1793, por don Juan Ramón de Iturriza y Zabala, puede leerse:

«Hay vn comvento de religiosos Mercedarios Calzados en el barrio de Burceña, dotado en 4 de Mayo de 1384 por el Conde de Ayala, Fernán Pérez y su hijo Pero López; en cuja Iglesia se venera vna imagen de San Antonio de Padua, hallada a primero de Octubre por un mozo que llebaba ganado al monte; y a obrado algunos prodigios según se relatan en vn manuscrito que se conserva en el archivo de dicho comvento».

Es en este lugar de la fértilísima vega de Ibarreta, en el límite con Burceña, donde comienza el histórico y legendario barrio baracaldés de Irauregui, bordeado por el río Cadagua y por el monte Cenicero, al que sin duda se dirigía aquel mozo con su ganado el día 1.º de Octubre de 1421, cuando encontró la milagrosa imagen de San Antonio de Padua.



Irauregi

Sobre Ibarreta está la loma de Peñascuren, y, encima, en la ruta al santuario de Santa Águeda, se encuentra el poblado de Basacho, dominador de Abando, en que el monumento al Sagrado Corazón de Jesús dirige a la Villa su mirada protectora.

Más abajo, la casería de Alday, y a continuación los caseríos de Larracoechea, Picachea y Aldeco, en un ribazo florecido.

En la ribera del Cadagua, la exhuberante vega de Zubileta y el solar originario de aquel Juan de Zubileta, grumete baracaldés, acompañante de Juan Sebastián Elcano en la histórica proeza del primer periplo realizado por los hombres.

Ascula. Larrazábal. Y luego la ermita montesina de Santa Águeda, blindada por el Norte con la sierra.

El puente de Castrejana. El achacoso puente de Castrejana, de fábrica medieval, con las piedras carcomidas y minadas por las aguas, es un esqueleto piadosamente abrigado por las plantas trepadoras. Dice don Valentín Repáraz en su «Guía de Vizcaya»:



Puente del Diablo

«El puente de Castrejana, todo de sillares y en un solo arco, por el que pasa el río Cadagua, y en cuya atrevida obra invirtió menos de un año el maestro Pedro Ortiz de Lequeitio, ya que lo empezó el 9 de Junio de 1435 y lo concluyó el 2 de Mayo de 1436, conserva, según la tradición, una anécdota muy curiosa y admitida. Cuéntase que cuando no había puente y se atravesaba el río sobre atrancos o pasos de piedras, habitaba en su orilla izquierda una hermosa joven que amaba apasionadamente a un mancebo, su vecino de la orilla derecha. Esta joven tenía por costumbre subir diariamente al monte Altamira y posternarse en hinojos bajo un añoso castaño, desde el que descubría la iglesia de Begoña, para dirigir a la Señora que ocupaba su trono las frases más fervientes de amor y de humildad. Llegó un día en que el muchacho abrigó dudas de la fidelidad de su amada, y en un momento de desesperación resolvió marcharse a la guerra. Desconsolada la pobre niña y no sabiendo como disuadirle de su empeño temerario, le citó a las altas horas de la noche en un castañal que crecía a la otra parte del río. La lluvia caía a torrentes; el Cadagua corría impetuoso y salía de madre, aproximándose la hora fatal sin que fuera posible vadearlo. De repente, se presenta un hombre a la joven y le propone construir un puente antes de que cantara el gallo por primera vez si en cambio ella le entregaba su alma. No titubeó la joven en prometérsela y vio, con el mayor asombro, que el puente se construía a impulsos de un poder extraordinario. Arrepentida de su debilidad cuando ya estaba próxima su terminación, y comprendiendo toda la magnitud de la deuda que había contraído, imploró como tantas veces el amparo de la Virgen de Begoña. No fue sorda a sus ruegos la excelsa Señora. Ocupábase el obrero de remover la última piedra, que era la clave del arco para encajarla en su sitio, cuando otro hombre, que apareció sobre el puente, dejó caer una vara en el claro que debía ocupar la piedra. Forcejeó aquél con indecible esfuerzo para arrancarla, bramó de coraje contra su impericia y brotaban de sus labios las blasfemias más impuras, en el momento que sonó en el espacio el alegre canto del gallo. Al escucharle huyó el maestre despavorido, el otro hombre quebró la vara, encajóse en su lugar la clave, atravesó el puente la niña, corrió a los brazos de su amante que la esperaba y se juraron amor eterno y vivir siempre unidos. El arquitecto del puente de Castrejana era el diablo y San José el que dejó caer la vara».



Zamundi

Pércheta.

El cementerio aldeano sobre un montículo de piedra y luego Irauregui; Irauregui, propiamente dicho, donde radica la iglesia de San Antolín, construida en el siglo XVI, a espensas de los abuelos paternos de Fray Martín de Coscojales. Fue, éste, religioso agustino y baracaldés eximio que en 1595 escribía en seis volúmenes «Las Antigüedades de Vizcaya».

Sasía.

Y arriba arriba, cobijándose feliz tras Peñas Blancas, el tranquilo como de Samundi, donde hasta las piedras son espontáneamente fecundas; allí brotan *nasidisos* los ciruelos en las grietas de las peñas; allí surgen los cerezos, «a la buena de Dios», en los mismos cantiles del camino...

A la izquierda de Sasía, subiendo arriscada cuesta, se llega a Goi-coechea y, después, a la casería de la Llana. Y otra vez en la ribera del Cadagua, Coscojales, junto a la erguida y umbrosa chopera.

En la vía del ferrocarril maniobra fanfarrona una locomotora de la Robla, de rojas antiparras; gruñe y resopla, exhibiendo sus humosos bigotazos que limpian los carriles. Nos acomodamos como podemos en el tren. A lo largo del trayecto repasamos con los ojos los lugares recorridos esta tarde. El río y el monte. En las orillas y en las laderas, amarillos albiales, frondosos cerezos, viñas — muchas viñas de verde terciopelo —, hortelanos que trabajan y caseríos risueños.

¡Barrio *chacoliner* de Irauregui, poblado por gentes buenísimas! ¿A quién niegas tú hospitalidad? ¿A quién no ofreces un trago?

Aún recordamos nuestros tiempos de la infancia, cuando veníamos a Irauregui, en las tardes festivas del mes de Mayo, para «alquilar un cerezo». Un cerezo repleto de fruta a nuestra disposición para toda la tarde. Nos costaba dos reales.

Añoramos...

El tren hace su entrada en la estación final.

Luchana.



Zamundi

Capítulo IX

LUCHANA

EL PRÍNCIPE DE LUCHANA.-HUMOS Y RUIDOS-. LA «NAO» ZOPIMPA.-LA CANCIÓN DEL NORUEGO.- LOS HAMPONES DEL MUELLE.-LOS PESCADORES DE LA RÍA.-LEVANTADORES DE//mas.- FISONOMÍA DE LUCHANA.

ALLÁ por el mes de Diciembre del año 1836, Espartero, al frente de sus tropas, consiguió la victoria en la batalla de Luchana, de tanta transcendencia, que por ella otorgóse a aquel caudillo el título de Príncipe de Luchana. El nombre del hoy popular barrio baracaldés está, pues, unido, con histórica resonancia, a los fastos de las guerras civiles del pasado siglo.

Luchana es, sin disputa alguna, después del Desierto, la localidad de la Antegulesia más importante en cuanto a número de habitantes, comercio e industria. Su crecimiento ha sido tan grande en los últimos años, que hoy apenas si quedan en sus proximidades algunos huertos diseminados, sacrificados sus renombrados terrenos hortícolas en aras del desarrollo de la población y del progreso industrial.

Humos blancos, amarillos, grises, rojos y negros, coronan la barriada con el nimbo del trabajo fabril. Las fábricas, la ría, fin de línea del ferrocarril de La Robla y del minero de la Orconera, estación de primer orden del ferrocarril de Bilbao a Portugalete y Santurce, carretera general de incesante tráfico; la tónica de este barrio, eminentemente obrero, es el trabajo. Trabajo y trabajo, mucho trabajo con su secuela de ruidos; ruidos chirriantes de trenes y tranvías, trepidar de máquinas, silbidos penetrantes de las sirenas de raro trémolo, bufidos de locomotoras, estrépitos de cargas y descargas de vagones y bolquetes, pesado rodar de camiones y carros, ronquidos de los claxons... ruido ensordecedor y atmósfera pesada por los humos densos. Así es Luchana, como un suburbio londinense.

Actualmente, en la ría, el trajín es mucho menor debido a la casi total paralización del comercio exterior a causa de la contienda vigente. Los buques, como gigantes mastines, permanecen meses y meses atados con gruesas cadenas, cables tirantes y gruesos chicotes a las boyas del canal y a los bolaridos del muelle. Los cargaderos de mineral están repletos de piedras de hierro impacientes por precipitarse en rojo alud a las vacías bodegas de los barcos. Las gabarras, varadas en el fango de las orillas, semejan, en su incesante bostezo, bocazas hambrientas de monstruosos cetáceos aprisionados por el cieno.

Y así la ría, mansa mansa, ha perdido en esta época su ruidoso temperamento. El «Zopimpa», popular «nao corsaria» luchanesa, digna por sus hazañas de particular historia, duerme pacífica bajo un cargadero. Los viejos luchaneses, aquellos discolos bebedores de *potés*, hablan y no acaban de sus continuas querellas con tripulaciones completas de buques de banderas extranjeras que, después de abundosas libaciones, creíanse aquí dueños de una ínsula por ellos sojuzgada. ¡Ah, si hablara la mal adoquinada carretera de Luchana y el camino rojizo de Erotabarria! Un marino luchanés nos refirió la sorpresa que experimentó una vez, hace unos años, en un figón de Trondhjem, puerto de Noruega, al oír en correcto castellano la popular canción:

Que paliza les dimos
ellos a nosotros

.....

Quien así cantaba era un imponente noruegazo que, años atrás, había perdido un ojo en una de las friegas de Bitoricha.

Los muelles han sido siempre centro de operaciones de individuos de existencia hampona y holgazana. Hoy día son raros estos ejemplares en el muelle de Luchana. Sin embargo, no causará extrañeza a los habituados a pasear por este arrabal, el que uno de estos «caballeros», que están de tumbada en el terraplén o en la arboleda de Orconera, se incorpore, desusadamente, y dirigiéndose al paseante le pida un pitillo con indolente cortesía, expresándose así: *Eh, my friend, ekarri un pitillo s' il vous plait*. Si accede, dirá: *thank you, amigo, o, ekarriasko, my boy*. El frecuente contubernio de palabras de distintos idiomas es el lenguaje de estos vagos «políglotas». Ellos y ciertas damas amigas suyas, portadoras de sendas cestas de cacahuets, constituían hace unos años la nota pintoresca del muelle de Luchana.



El pescador de la ría es inconfundible. No le veremos como al *arrantzale* de Bermeo o Santurce, manipulando con las redes o con un haz de remos a la espalda ni tampoco le confundiremos con el pescador de costa o de río, provisto de caña u otros trebejos de pesca. El pescador de la ría es el obrero del taller o de la fábrica que aprovecha los ratos de ocio para dedicarse a la captura de angulas, anguilas, quisquillas y *carramarros*. Para lograr estas últimas especies va provisto de varios *quisquilleros*, rudimentarios aparatos que consisten en trozos de harpillera cosidos a unos aros de alambre y colgantes de cordeles. Se atan estos aparatos a las estacadas, cables, cabrios y pretiles del muelle y se introducen en las aguas. La carnada preferida por las quisquillas son las tripas de pescado fresco, mientras que los *carramarros*, si deciden dejarse atrapar, lo harán, más a su gusto, cebados por el bacalao salado. En los días de turbiada utilizase para la pesca un respetable mamotreto llamado *rastra*, también de harpillera, alambre y cuerda, cuyo manejo exige el esfuerzo de dos o más personas. Cuando se levanta el artefacto, que ha sido arrastrado largo trecho por el agua rozando las paredes del muelle, el pescador de la ría de Luchana sabe muy bien seleccionar las anguilas, quisquillas y *carramarros* de las mil porquerías que han penetrado subrepticamente en la *rastra*.



El sistema de las *jirrias* es sin duda el más fructífero para los pescadores de la ría, si bien sólo lo pueden ejecutar sus privilegiados propietarios, requiriéndose, además, disponer de bote, chinchorro, *chanela* u otra embarcación. Consisten las *jirrias* en trozos de harpillera en forma de saco cargados de limo, que átanse a las estacadas y maderamen señaladores del dragado de la ría. En la baja marea acércanse los pescadores, con su nave, a los lugares donde previamente han sido fijadas las *jirrias* que son luego levantadas cuidando de colocar un cedazo debajo; sacúdense entonces la jirria, cayendo la pesca al cedazo al desprenderse del barro al que ha estado adherida. Quien haya pasado de noche por el muelle de Luchana y haya visto el singlar de los *chinchorros* a la luz de la Luna que platea la superficie de la ría; quien haya oído las hermosas canciones de los levantadores de *jirrias* al compás del chapoteo de los remos; quien esto haya visto y oído, puede estar seguro de haber disfrutado de tan románticas escenas como lo puedan ser las de las reputadas noches venecianas.

Muchas cosas quedan en el tintero que daría un cabal conocimiento de este barrio laborioso tan querido y conocido por nosotros. Id por allí los que no le conocéis. Id por allí. No os asusten los rostros tiznados de los obreros del transbordo de carbón ni los extraños atuendos de los trabajadores de la fábrica de alquitranes. Saludables, conocedles y veréis cuanta es su educación y mesura, cuanto hay en ellos de hombría de bien y cuan pronto conquistan vuestra estimación. Luchana, como ellos, tiene hosca y ceñuda la fisonomía; pero es acogedor con quien se le acerca y entrañable con quien le quiere. Id por allí, adentraos en él, hurgad su corazón y os convenceréis de lo bueno y honrado que es este barrio obrero, este barrio de humos y ruidos.



Zuazo



Zuazo

En Juriendo, en el cruce con el camino que viene de Arteagabeitia, nos encontramos con un fornido boyero, al hombro la aguijada, que trae el mismo paso cansino de su yunta. En el mismo umbral de Zuazo, a la vera de la añeja fuente, dos arrechas comadres baracaldesas platican animadamente.

Rubias mazorcas de maíz cuelgan de las balconadas de los caseríos y en las portaladas descansan, *kakos*, azadas, *pericachos*, escobas de *bereso* y otros aperos de labranza. Un borriquillo mamador chupetea en la ubre de su madre hasta que, cansado, la abandona y comienza a retotar en la pradera. Mugen las vacas en los establos y se oyen lejanos aullidos de canes. En las heredades los hortelanos laboran inclinados mostrándonos los remiendos.

Nos conmueve profundamente la estancia en este lugarejo de nuestro pueblo al que estamos tan hondamente vinculados. Es seguramente este lugar el que mejor conserva las pristinas esencias baracaldesas a pesar de su proximidad con la ya crecida ciudad de El Desierto. Aquí se encierran las viriles características de la raza. Si en la urbe nos sentimos cosmopolitas, en Zuazo nos sentimos baracaldeses, ahincadamente baracaldeses, indígenas acérrimos, respetuosos con la gleba de que vivieron nuestros abuelos.

Capítulo X ZUAZO

DESDE EL BALCÓN DE MUCUSULUBA.- ESTANCIA EN ZUAZO.- ¿HASTA CUÁNDO?.- DOS ARRECHAS CHARLATANAS.- DUERME LA ALDEA

ESTAMOS en la verde colina de Mucusuluba — mal llamada la Tarifa y también Monte Cabras — y a nuestros pies levántase, altiva, la casa-torre de Zuazo, capitaneando una pequeña tropa de caseríos. Escúdase el poblado al abrigo de la colina contra los furores del septentrión y enciérrase en un cingulo de gravas centenarias muy bien determinado por la ruinosa calzada que por Subichúbeta, Zuloco y Récachu se dirige a San Vicente y por la carretera que desde este último lugar se lanza rectamente hacia Retuerto con el único *col* de Egusquiaguirre. Serpentea el río, sombreado por los chatos tamarises, y extiéndese la vega, suave suave, como un pañuelo de seda verde, en rectangulares porciones dividida. Más lejos dibújense, rotundos, los contornos de los montes en este día de extraordinaria visibilidad, hija del viento sur, el gran pintor de paisajes. Arriba, en lo azul, las blancas nubecillas navegan blandamente. Por la famosísima cuesta de Egusquiaguirre descendemos a la ancestral aldea que tiene el sello de los tiempos remotos.



Zuazo



Zuazo

¡Salve a Zuazo secular!

Mas ¡ay!, ¿hasta cuándo podrás resistir, rincón amado, la invasión de la vorágine industrial? Quisiéramos que eternamente. Que cuando nuestro cuerpo decline, nuestros hijos y los de nuestros hijos vengan, como nosotros, de vez en cuando, a asomarse al ventanal de Mucusuluba, y ante tu venerable visión aquieten sus espíritus en los momentos fatigados.

La tarde luminosa declina, sumiéndonos en grata y placentera melancolía. Las amas de casa preparan en los llares ennegrecidos la clásica *porrusalda*; lo delatan los tenues penachitos de humo que asoman por las chimeneas.

En el umbral de Zuazo, a la vera de la añeja fuente, las dos arrechas comadres baracaldesas que habíamos visto horas antes, siguen platicando animadamente. Y siguen hablando hasta que el reloj de la torre parroquial de San Vicente deja caer pesadamente siete campanadas. Entonces las prisas y entonces las imprecaciones. «Estas tardes de Mayo no tienen nada, *Filo*». «Ya hemos de hablar otro día con más *espasio*, *Frisca*». Y se despiden. Las dos *arrechas* comadres baracaldesas que han iniciado a mediodía su animado parloteo, se retiran entre sombras, insatisfechas y presurosas, con el cántaro a la cabeza.

Riela el sol poniente. Muere la tarde nítida. Esfúmanse los contornos de los montes en la noche que avanza. Los aullidos de los canes en la lejanía tienen ahora acentos más lúgubres. Y ascendemos por la famosísima cuesta de Egusquiaguirre, donde la noche nos traga voraz.

Ya Zuazo duerme, duerme tranquila la patriarcal aldea con el sueño reposado de los siglos. Sin prisas. Sin vorágine. Con calma.

¡Salve a Zuazo secular!



Capítulo XI ARGALARIO

NIEVE.- ARBOLES DE NAVIDAD.- REGALO DEL CIELO.- EL MONJE BLANCO.-
BELÉN.- ARNÁBAL.- EN LA MORADA DE JUANCHU EL DE ARGALARIO.-
HACE MUCHOS AÑOS.- ¡GLORIA...!

HA nevado copiosamente durante la pasada noche; por la mañana caen todavía, más lentamente, los blancos vellones. Somos los primeros en hollar el inmaculado manto de nieve que arropa las calles de la población y dejamos atrás las redondas huellas de las tachuelas.

Cuando llegamos a Mesperuza ya ha cesado la pausada lluvia de pétalos blancos. Esta aldea montés, seductora en todo tiempo, tiene hoy el hechizo de una delicadísima estampa suiza.

Nos fascina la visión de la loma de Belgarris y de la barrancada de Pasajes. Están borrados los caminos. Ascendemos paralelamente a una línea de encantadores árboles de navidad que son estos pinos jóvenes, cubiertos de blanca túnica.

Y alcanzamos el somo de Santa Lucía que resalta en el cautivante paisaje. Otros cuarenta minutos de marcha ascendente, y después de remontar los picos del Sel y de la Mota, coronamos la cumbre del monte Argalario acodada al final de la sierra de Triano desde donde vigila, tutelar, a Baracaldo.



Ordeñadas por los ángeles las vaquillas del Cielo, Argalario ha recibido el regalo de dos palmos de nieve esponjosa que sólo a nosotros, sus visitantes, permite pisar. ¡Gracias, abuelo venerable de barbas blanquísimas! Bien nos compensas, montaña generosa, el esfuerzo realizado en tu escalada.

Y gozamos desde aquí de los más bellos paisajes alpestres. Vemos al portentoso Ereza cubierto con blanco capuchón, semejando a un monje magnífico. Allá abajo, sepultado en el fondo del valle, El Regato, al que miramos arrobados, El Regato sencillo y pobre, pobre y sencillo como Bethelem. Nos aturde un momento el espejismo de la nieve; los montes vecinos, Aldape, Gañeran, Pico de la Cruz, Mendivil, Bitarracho... se yerguen, se yerguen y bailan, «a lo suelto», en mangas de camisa, una fenomenal zambra de ciclopes. Pero la mente se aquieta contemplando otras seductoras aldeas de nacimiento: Gorostiza, Sobrecampa, Aguirre, Susúniga... que esmaltan valles y laderas. El poblado de Arnábal da la nota de inquietud, empingorotado, en la roca, como nido del águila; Arnábal parece caer al abismo. Las rojas entrañas de los montes mineros discordan en este ambiente de albuca.

En la esplendente llanura montañesa encuéntrase una casucha abandonada que sirve de aprisco a las ovejas. Estamos en la que fue vivienda solitaria de Juan de Urcullu, el famoso *Juancho el de Argalario*, que durante años y años llevó por los montes y extramuros baracaldeses su azarosa vida de juglar.

Hace ya mucho tiempo, antes de que Juancho pasara al somo de Artiba y a su chabola de Bacuña, tuvimos con él una casual entrevista en esta su lobuna morada de Argalario. Aún nos parece que flota entre los muros, que se desmoronan, la imponente figura del rapsoda montesino.

En aquel lejano día fuimos sorprendidos en estas proximidades por una lluvia torrencial y corrimos a la cabaña para guarecernos. En el umbral, nos detuvimos paralizados por el pánico; oíanse dentro unos formidables ronquidos que venían ventoleros por las fisuras de la puerta. Calmóse nuestro ánimo al descubrir que los tales ronquidos eran producidos por un ser humano. Era Juancho, que dormía. Dormía vestido, sobre un jergón de heléchos secos y crepitantes. En su labio inferior se sostenía una colilla apagada. Despertóse con el ruido que hicimos al abrir la puerta desvencijada. ¿*Ande* vas por aquí, *majillo*?, nos preguntó, campechano, sin sentirse molestado por nuestra intrusa presencia. Le indicamos quienes éramos y al sabernos nieto de un buen amigo suyo nos prodigó de rústicas atenciones.



Un «ardiente» ósculo de nuestro pitillo encendió su apagada colilla. Y hablamos. Hablamos de su vida, de sus lejanos amores y de sus enjundiosas jotas baracaldesas, en las que campea, espontáneo, el fuego divino de la poesía; nos reveló varias leyendas y fábulas que creen a pies juntillas las candorosas gentes que habitan por estos agrestes parajes y de las que él conocía, muy bien, el secreto. Y aquel día nos saturamos de atávico baracaldesismo con la compañía de Juanchu, el hombre de la montaña.

Este aprisco montaraz, estos valles, estos montes y barrancos, cubiertos hoy por niveas galas virginales, añoran los retumbantes ¡breas! con que Juanchu cerraba sus jotas baracaldesas viriles y pujantes. Hoy, Juanchu, asilado en el palacio que regaló a los baracaldeses don Antonio de Miranda, solícitamente atendido por las beneméritas monjitas, avizora, ensoñador, «su» monte Argalarío, donde discurrió la mayor parte de su vida, libre y alegre como la de los pájaros sus compañeros trovadores.

¡Gloria imperecedera a *Juanchu el de Argalarío*, cantador de los sentires hondos, de las ausencias, de las esperanzas y de la placidez del alma de nuestro pueblo!

¡Gloria al monte Argalarío, el más baracaldés de los montes de Baracaldo!

El horizonte se cierra con telones oscuros. Oscuro está el cielo, de color de tierra, y la tierra está blanca, de color de cielo. Cuando nieva cambian sus perfiles el cielo y la tierra.



Además de los cines y teatros existentes y de los salones de actos de la catcquesis de Landaburu, de los padres Salesianos, de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, etcétera, cuenta Baracaldo con una hermosa sala de espectáculos, propiedad del municipio, en la que gratuitamente disfruta el público de representaciones artísticas morales, escucha selectos conciertos musicales y oye charlas y conferencias instructivas.

LAS INDUSTRIAS

Todo el mundo sabe que Baracaldo es una laboriosa colmena.

Hemos hablado, en el curso de esta obrita, de los Altos Hornos de Vizcaya, industria la más caracterizada e importante y génesis de la creciente ciudad baracaldesa.

Pero en nuestro pueblo se hallan también afincadas otras muchas destacables industrias y factorías que, después de aquélla, han contribuido al crecimiento de Baracaldo y a que su nombre sea conocido en los últimos confines del globo. Los marchamos y etiquetas de nuestras factorías exportadoras, cruzan todos los mares y todos los continentes.

Para dar idea de la importancia industrial de nuestro pueblo, basta citar los nombres de las empresas más significadas aquí radicantes:

- S. A. Altos Hornos de Vizcaya.
- S. A. Echevarría.—Altos Hornos de Santa Águeda.
- S. A. Española de la Dinamita, Explosivos y Productos Químicos.
- S. A. Española de fabricaciones nitrogenadas (Sefanitro). En construcción.
- S. A. Alambres del Cadagua.
- Don José María Garay Sesúmagá. Fabricación de la goma y de la seda artificial.
- Sociedad Bilbaína de Maderas y Alquitrans.
- Hidroeléctrica Ibérica.
- S. A. Saltos del Duero.
- Sociedad General de Productos Cerámicos.
- Unión Química del Norte de España.
- Castaños, Uríbarri y C.^ª. Cordelería.
- Don Rodrigo Sánchez Díaz. Fábrica de cadenas.
- Fábrica «La Victoria», de don Agustín Iza y C.^ª. Fabricación de cadenas.
- Matths Gruber. Balanzas, arcas de caudales, etc. (En construcción).
- Gortázar Hermanos. Talleres metalúrgicos.
- Talleres de Luchana.
- Rica, S. A. Fábrica de yute.
- Gorostiza y C.^ª. Fábrica de botones y mosaicos.
- «Ysor». Fábrica de pinturas y esmaltes.
- Don Marcelino Ochoa Zugasti. Fábrica regeneradora de la goma.
- Aprometal, S. L. Envases metálicos.
- Arregui. Constructores.
- Aceros y Sierras, S. L.
- Don Daniel Extremiana. Aparatos cinematográficos.

Haríamos esta lista interminable relacionando más fábricas, talleres y empresas, cuyas actividades abarcan la mayor parte de la gama industrial y que están afincadas en Baracaldo.

EL COMERCIO

EN estos últimos años el comercio baracaldés ha adquirido inusitado desarrollo. Hasta hace muy poco tiempo la proximidad de Bilbao era

Capítulo XII

PERFILES SUELTOS

ASPECTO CULTURAL.- LAS INDUSTRIAS.- EL COMERCIO.- LOS DEPORTES.- ENTIERROS Y «BESAMANOS».-FIESTAS TRADICIONALES DEL CARMEN; DE LOS BARRIOS Y DE LOS SOMOS.- PORRUSALDA Y PIMIENTOS CON BACALAO.- EL CHACOLÍ.- LAS ROMERÍAS DE CRUCES.- BARACALDESES ILUSTRES

ASPECTO CULTURAL

TANTO en la capital como en los barrios de Baracaldo, está excelentemente atendida la enseñanza y la educación primaria que corre a cargo del magisterio oficial, órdenes religiosas y profesorado particular en las numerosas escuelas, colegios y academias. Puede decirse no sólo que en Baracaldo no existe el analfabetismo, sino que nuestro pueblo ha alcanzado un nivel cultural muy superior al término medio.

Próxima a funcionar la Escuela Profesional del Trabajo, saldrán de la misma los alumnos con la práctica de oficiales experimentados en los distintos oficios.

Baracaldo cuenta con Biblioteca municipal, bastante bien nutrida de volúmenes, siendo numerosos los lectores que diariamente acuden a ella para aumentar su instrucción y conocimientos. Funcionan, además, otras bibliotecas, en sociedades culturales y recreativas, de antiguos alumnos, etc.

Exponentes de la cultura de nuestro pueblo son: la banda municipal de música, que tantos laureles tiene cosechados, el también laureado Orfeón baracaldés, la notable *schola cantorum* de Santa Cecilia y otras corales y grupos artísticos.

motivo para que la población baracaldesa realizara sus compras de algún viso en los comercios de la Villa; calzado, ropas de vestir, útiles de labranza, herramientas, aparatos eléctricos, bicicletas, materiales de construcción... El comercio baracaldés se reducía, casi tan sólo, al detallista de comestibles y bebidas.

Hoy día, cuenta Baracaldo con todo linaje de comercios y establecimientos mercantiles, que además de haber eliminado, casi totalmente, la atracción que ejercía Bilbao en los consumidores baracaldeses, ha conseguido, día a día, numerosa clientela en los pueblos próximos.

Sestao, Erandio, San Salvador del Valle, Gallaría, Ortuella, Somorrostro y otros, tienen en Baracaldo el almacén cómodo y práctico donde realizar sus compras.



LOS DEPORTES

DESDE muy antiguo Baracaldo cultiva toda suerte de manifestaciones deportivas. Acude a las competiciones, en las que logra puestos destacados y, en ocasiones, la cima de los campeonatos.

En el deporte balompédico, nuestro glorioso equipo local se codea con los conjuntos representativos de las ciudades más importantes. Y son muchos los jugadores baracaldeses que han sido seleccionados para formar parte de los «onces» actuantes en las lides internacionales.

En el ciclismo, boxeo, pelota, remo y otros, los representantes baracaldeses alcanzan, muchas veces, categoría de ases. Los «escopeteros» de Baracaldo son justamente encomiados en los mentideros cinegéticos; en los «tiros de pichón» y «al platillo» obtienen para nuestro pueblo los más preciados trofeos. Los componentes del grupo alpino baracaldés coronan las más elevadas cimas, consiguen las más altas distinciones en los concursos alpinistas y son constantemente citados en las páginas montaÑeras de la prensa.

Sin embargo, Baracaldo ha abandonado, lamentablemente el cultivo de un típico deporte: el viril juego de bolos «a cachete». Hace treinta años existían en la Anteiglesia más de veinte *carrejos* de bolos que, en los días festivos, se veían animadÍsimos de entusiastas baracaldeses. En aquellos tiempos se hizo famoso por la excepcional calidad de su juego, el que fue gran *bolari*, Ángel de Castaños, *Chatillo de Suazo*, campeón de campeones. Chatillo ha fallecido recientemente; su recuerdo hará elevar a sus amigos, los viejos baracaldeses, una oración por su alma y evocará en ellos, con nostalgia, sus tiempos juveniles.

Nuestros jóvenes debieran resucitar el típico juego de bolos, tan antiguo como la Humanidad y tan bello como los remotos deportes griegos.

ENTIERROS Y «BESAMANOS

PRODUCE muy honda admiración, en los extraños a nuestro pueblo, el contemplar la solidaridad del vecindario de Baracaldo, que se manifiesta en los «entierros». Esta costumbre, unánimemente aprobada por todas las personas de piadosos sentimientos, va perdiendo adeptos en las grandes urbes donde el enterrar a los muertos adquiere la forma fría, sin alma, de los actos mecánicos. Pero, afortunadamente, Baracaldo, a pesar de contar ya con una muy crecida población, mantiene

inveteradamente esta práctica de colectiva participación en la aflicción de los deudos de un difunto, que es a la vez homenaje póstumo y popular hacia el que se ausenta a la última morada.

No hace todavía muchos años, en «las cruces» de caminos se detenían, unos instantes, los cortejos fúnebres. Varios ancianos salían de entre la muchedumbre y se adelantaban hasta el Crucifijo, hincando reverenciosos la rodilla; dirigíanse luego a los representantes del clero y besaban sus manos con muy solemne ceremonia. En las honras funerales, de la capilla ardiente, repetíase la grave formalidad.

Esta costumbre de los «besamanos» languidece, hoy, notoriamente. Se celebra tan sólo en las exequias por dos ancianos ejemplares, cuyos nombres respetables son dignos de ser citados:

Don Gerardo de Uriarte.

Don Antonio de Abasólo.

Citemos también los nombres de los «besamanos» fallecidos en los últimos años:

Don Mauricio de Uriarte.

Don José de Castaños.

Don Mariano de Perea y Arteagabeitia.

Don José Ramón de Lóizaga.

Don Juan de Allende.

Don Manuel de Zugasti.

Don Ramón de Allende.

Don Matías de Santurtún.

Don Santos de Lasfuentes.

Esperemos el resurgimiento de la tradicional ceremonia. Baracaldeses existen que no la dejarán morir. Estamos seguros.



FIESTAS TRADICIONALES DEL CARMEN, DE LOS BARRIOS Y LOS SOMOS

Las fiestas del Carmen constituyen la «semana grande» baracaldesa.

Solemnidades religiosas.

Festejos populares, música, mucha música y mucho baile.

La campa de Murrieta se atiborra de gentes y resplandece de luz en las noches verbeneras del Carmen. Diviértese la incansable juventud y muchos viejos se remozan.

Chicos y grandes viajan en los carruseles, descienden por el tobogán, suben a los columpios, se adentran en las grutas del demonio y se introducen en las barracas para admirar «la fiera currupia» y «el bicho raro que donde debe tener la cabeza tiene el rabo».

Tómbolas y rifas. Fuegos artificiales. Cine al aire libre. Becerradas benéficas.

En la última noche festiva, desbórdase la alegre juventud desde el ferial hasta la plaza, en *biribiliqueta* jubilosa. A media noche, quémase la traca de mil petardos retronantes. Y sigue la música, el bullicio y la estridencia, hasta las tantas horas de la noche. En esta fecha hacen



Eretza

falta dos bandas de música para dar satisfacción a los empedernidos danzantes. Hasta que se agotan... los músicos. La banda local añade a las piezas bailables de su repertorio aquella eminentemente baracaldesa, «los puerros»:

Si vas a Baracaldo, baracaldesa,
llévame esta maleta que poco pesa.

.....

Las fiestas en los barrios.

San Ignacio y San Isidro labrador, en Retuerto; Nuestra Señora de las Mercedes, en Burceña; el Buen Pastor, en Luchana; San Bartolomé, en Alonsótegui; San Antolín, en Iráuregui; el Rosario y San Vicente, en la vieja capital baracaldesa.

Misa mayor. Actuación de los airosos *espatadanzaris*. Sopa boba; carreras de sacos; concurso de feos; patos y cucañas; carreras de cintas, y otros festejos tradicionales. Y música y baile tarde y noche.

En estos días se estrenan trajes y vestidos; nacen los amores y se arreglan los noviazgos.

La fiesta de San Roque, en El Regato, es de romería campera. Son de ver los carros cubiertos de ramaje y las bestias adornadas con flores dirigirse al pintoresco rincón de El Regato. Y es de admirar la gárrula alegría del mocerío ataviado de romería.

En este día de San Roque los «regateños» apenas se divierten. Son las gentes de los otros barrios, que se trasladan a El Regato con sus vituallas para pasar el día, las que más disfrutan de esta fiesta. Pero los «nativos» gozan de lo lindo en la fecha siguiente, en el «sanroquillo». Y aún les quedan arreos al otro día para festejar «el perrillo».

También los somos aferrados a la sierra tienen sus conmemoraciones festivas; fiestas de égloga en que los habitantes de las cumbres acuden con sus rebaños que enjalbelgan la montaña.

Estas ermitas minúsculas de los somos baracaldeses, emplazadas en lo alto, en cualquier arruga del terreno, son autos de fe de la piedad de nuestro pueblo que hacen meditar al caminante sobre la eterna Verdad.

En el día de la fiesta, estos montañeses sencillos y sin maquiavelismos, adornan el altar humilde de la humilde iglesia con puñados de florecillas silvestre y de bermejitos *muñugres* montesinos. Y cantan salmos y aleluyas.

Santa Quiteria, la mártir gallega, abogada de la rabia, es venerada en Samundi, donde fue encontrada su imagen oculta en un madroñal; su fiesta se celebra el día 22 de Mayo. San Sebastián, soldado de la primera fila del martirologio cristiano, tiene su trono en Saracho; su fiesta es el 20 de Enero. San Martín Obispo, tan venerado por los «apegaos» de Alonsótegui, tiene su altar en el somo de su nombre; su fiesta se hace el día 21 de Junio. La ermita de Santa Lucía, abogada de la vista, fue arrasada por el furioso vendaval de hace unos años; su imagen fue trasladada a la iglesia de El Regato. ¡Qué pena no sea de nuevo trasladada a

su somo, a una ermita renovada! Su fiesta se celebra el día 30 de Junio. San Bernabé se festeja, en Castaños, el 11 del mismo mes.

¡Y qué pena que Tellitu, Sobrencampa, Susúniga y otros bellos poblados monteses de nuestro pueblo no tengan también su santo, su fiesta y su ermita minúscula!

De todas las ermitas montañosas de Baracaldo la de Santa Águeda es, sin duda alguna, la más visitada. En las vísperas de su fiesta, el 4 de Febrero, los coros nocturnos cantan, desde tiempo inmemorial, a *Agate De-uma*. Santa Águeda, aquella bellísima siciliana, mártir gloriosa, es muy hondamente venerada por los baracaldeses. Y ella, que tanto ascendiente cuenta en el reino de los Cielos, premia esta veneración con curas milagrosas y numerosos alivios y favores. ¡Santa Águeda bendita, nosotros lo sabemos...! Y lo testimonian esas muletas que ya no hicieron falta a los cojos que intercedieron el auxilio de la santa, esos mechones de pelo y esas otras cien ofrendas depositadas en el Santuario por sus favorecidos devotos. En la campa aneja se celebran en verano, frecuentemente, alegres jiras y reuniones campestres.

Luego hablaremos de las romerías de Cruces.

PORRUSALDA Y PIMIENTOS CON BACALAO

CONCEDEMOS a Bilbao la paternidad de la merluza frita, del bacalao al *pil-pil*, del pisto famoso, de..., a Valmaseda, de las mejores cazuelas de bermejuelas y *sambroquillos*; a Valencia, de la *paella*; a...

Cierto, muy cierto que en Santurce las sardinas asadas tienen una gracia única y que Lequeitio es el pueblo especialista en la condimentación del *marmiteco*, el sabroso plato mariner. Pero a Baracaldo le es debida la receta culinaria para preparar «como Dios manda» la auténtica *porrusalda* y los «pimientos con bacalao», plato, este último, que nada tiene que ver con el *mesturao* de bacalao con pimientos. Y así, Baracaldo se apunta en el nomenclador de la cocina del país — de reputación mundial — dos substanciosas aportaciones.

Quisiéramos tener la pluma de don Juan de Irigoyen — maestro en las letras, en los conocimientos gastronómicos y en tantas otras cosas — para escribir varias páginas explicativas de las embrujadas fórmulas de la *porrusalda* y de los «pimientos con bacalao» al estilo baracaldés.

Conocemos una *tasca* arrabalera de nuestro pueblo donde una artista del fogón, hija de Ugarte la Vieja, no nos dejaría mal presentando «en su punto» la clásica *porrusalda* y los pimientos *choriserillos* verdes recostados a los bordes de la cazuela y contemplando las tajadas de bacalao anegadas en un espeso mar de aceite y gelatina.

EL CHACOLÍ

EL pasado año pudo patentizarse la importancia chacolinera de Baracaldo en el Concurso de vinos de la tierra, organizado por la Caja de Ahorros Vizcaína. A dicho Concurso acudieron con sus caldos 48 expositores baracaldeses, contingente el más numeroso entre las representaciones de los municipios vizcaínos.

Don Antonio Trueba, el dulce poeta encartado, atribuía el carácter jovial, franco y noblote de los baracaldeses, a su arraigada afición a esa ambrosía que es el vino de esta tierra cuando está bien elaborado.

¿Quién no se siente alegre y bonachón, sentado a la sombra de un higo, ante la limpia mesa de madera, fregada diez mil veces, en que nos sirven la cazuela y la «jarrilla»?

LAS ROMERÍAS DE CRUCES

PASCUAS de Resurrección y de Pentecostés. Antañonas romerías de Cruces.

Miramos retrospectivamente. Desde las primeras horas de la tarde convergen en la umbrosa y dilatada campa los apiñados racimos de romeros, procedentes, muchos de ellos, de los más apartados rincones de Vizcaya. En las carreteras y caminos que conducen a Cruces, son saludados por los mendigos apostados en las cunetas, implorante la mano pordiosera, mostrando las horribles llagas y muñones y clamando su lastimera cantinela.

Situémonos en este balcón estratégico dominador de la campada.

Muchos jóvenes vienen destocados, con la arrugada boina en la mano y otros cubierta la cabeza con la boina graciosamente ladeada. Unos emblusados y los más con la chaqueta al brazo y la blanca camisa arremangada hasta los codos. Todos con albino pantalón o de mil rayas. Las garbosas muchachas con sencillos vestidos claros, airosos delantales y largas trenzas. Todos y todas con alpargatas blancas o blanqueadas con greda.

Ese grupo que vemos ascender, jaranero, por la vieja calzada de Burceña, está compuesto de arrolladora muchachada *chimbotarra*. Ese otro, los del pañuelo blanco y la faja verde que hablan en voz alta, es la unida y valiente juventud retuertana. Aquéllos, los de la bota enorme y el clavel a la oreja, son los díscolos luchaneses. Allí están «los del monte», los mineros de mirada retadora, roja la faja, rojo el pañuelo atado al pescuezo y grasiento el mechón de pelo pegado a la frente. Los de *Chori-Erri*, son aquellos otros de las cestas negras y panzudas y abultados paquetes de merienda, que parlotean en vascuence.

En los extremos de la campa se sitúan los tíos-vivos, las churrerías apestando a aceite frito, los fotógrafos ambulantes; los puestos del tiro al blanco, de chiminaques, de rosquillas de Mendaro y de almendra

garrapiñada; los vendedores de agua de limón con sus aljibes tripudos, los barquilleros, los carros de los helados...

Aquí, ruidos de charanga y del plañidero acordeón a cuyos sones dibujan las plegadas parejas difíciles trezaduras; allá, los dulzaineros que chiflan y cantan electrizando a los corros bailadores; acullá, el embrujado gorgoritar del chistu que arranca en los ágiles danzantes asombrosos saltos y piruetas. De cuando en cuando la banda de música, la laureada banda baracaldesa, interpreta una pieza de baile modernista.

Bullicio y alegría desbordante en la confusa masa juvenil que se divierte. A veces, la gente se apiña en torno a cuadrillas gladiatoras que se acometen a limpio *soplamoco*. Y en ocasiones, después de los previos puñetazos, surgen las armas homicidas: la manopla, la pistola o la siniestra navaja del matón... Felizmente aquello ya pasó.

En los *chacolies* y choznas inmediatas no faltan consumidores. Cazuelas de caracoles, de callos, de bacalao, de merluza, de *picatierras* asados...

¡Merendolas romeriles de Cruces preparadas, al aire libre, en las chisporroteras piras de sarmientos...!

¡Antañonas romerías de Cruces!

BARACALDESES ILUSTRES

HEMOS perfilado en estas páginas las siluetas de algunos hijos ilustres de nuestra Anteiglesia: Juan de Zubileta, Fray Martín de Coscojales, Fray Miguel de Alonsótegui y don Antonio de Miranda.

Baracaldés fue también donjuán de Castaños, almirante de las escuadras españolas en el siglo XVII. Y suponemos baracaldés a aquel Juan de Baracaldo que formó parte de la memorable expedición de Vasco Núñez de Balboa, descubridora del ansiado mar del Sur.

En estos últimos tiempos también han surgido de nuestro pueblo hombres ilustres y figuras eminentes y esclarecidas que honran a Baracaldo en el campo de la Iglesia, en el Arte, en las Ciencias, en la Política, en el amor y filantropía hacia el suelo troncal...

Silenciamos sus nombres nimbados de gloria. Ellos están latentes en todos los corazones baracaldeses.

FIN

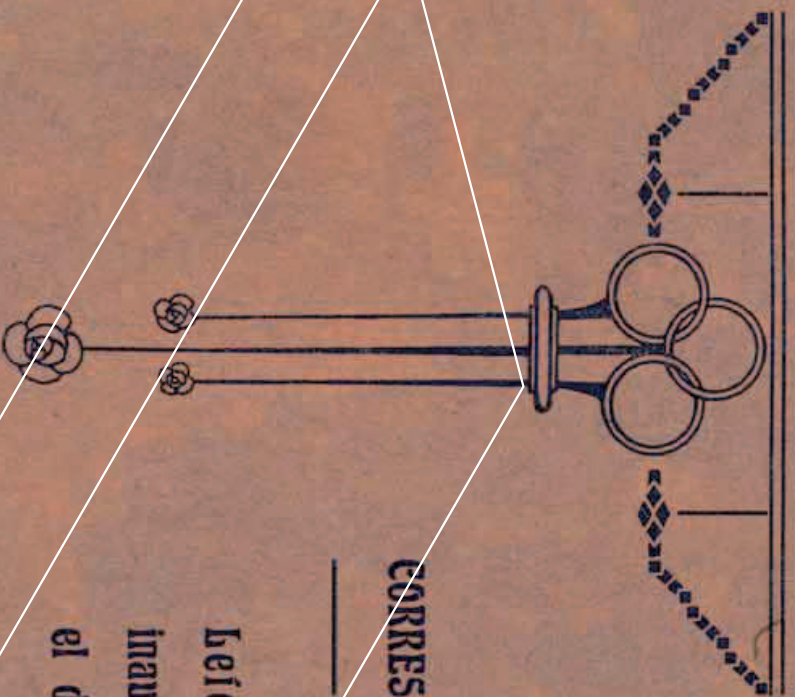


Aspecto de la actual Plaza Bide Onera a principios del s. XX.
Foto inédita, archivo M. A. Martínez Vitores

ФУНДАЦИОН МИРАНДА

— ВАРНАКАЛДО —

MEMORIA



CORRESPONDIENTE AL BIENIO

— 1929 - 1930 —

Leída en el acto de la
inauguración del Orfeónato
el día 10 de Julio de 1931